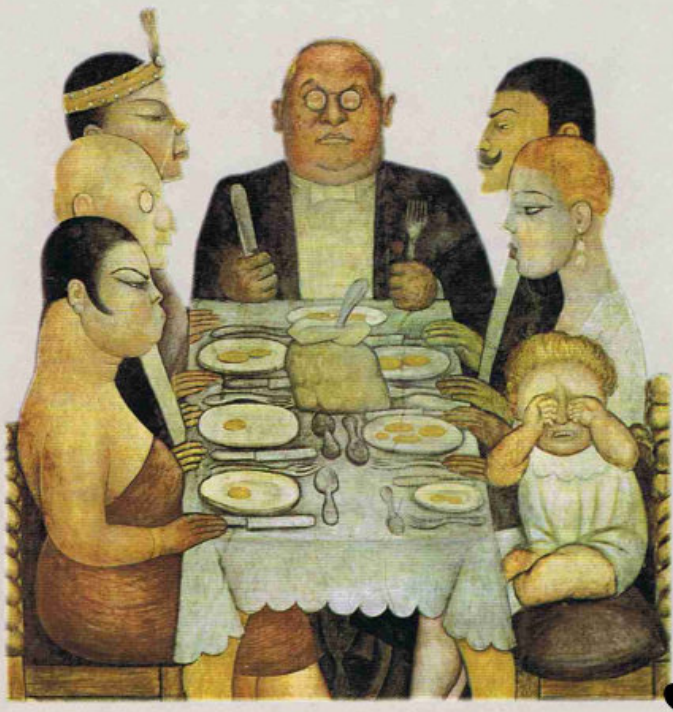
Gonzalo Torrente Ballester

Las Islas Extraordinarias

Una fantasía burlona,
divertida y más bien amarga,
sobre el poder absoluto.



Un detective privado acepta el encargo de descubrir y desbaratar una conspiración que amenaza al dictador de un minúsculo país formado por tres islas; allá descubre una situación dictatorial casi caricaturesca, de una notable perfección técnica, se entrevista con el dictador y hace un recorrido por las islas en medio de vagos indicios de una conjura cada vez más brumosa.

Éste es el comienzo de la irónica fábula que se nos cuenta sobre el poder absoluto, al que no escapa ningún aspecto de la sociedad (militar, industrial, cultural, sexual). Una fantasía burlona, divertida y más bien amarga, chirriante, que en el fondo constituye una reflexión sobre el poder político y las inhumanas consecuencias a que puede conducir.

Gonzalo Torrente Ballester

Las Islas Extraordinarias

ePub r1.0
viejo_oso 15.06.14

Título original: *Las Islas Extraordinarias*
Gonzalo Torrente Ballester, 1991
Cubierta: detalle del mural «La cena del capitalista», por Diego Rivera

Editor digital: viejo_oso
ePub base r1.1

A Graziella y Antonio

CAPÍTULO PRIMERO

La realidad y el mundo entero cambiaron para mí a partir del momento en que un desconocido, que no quiso decir quién era, me propuso contratarme, no sólo para salvaguardar la vida de cierto magnate de la política cuyo nombre prácticamente desconocía, por ser minúsculo el país que gobernaba, sino para descubrir y desbaratar, o, por lo menos, ayudar a hacerlo, una conspiración difusa y casi misteriosa contra su vida y su sistema. Este hombre que vino a verme, y que se presentó como un mandado, era un tipo sin características especiales, aunque con ciertas inflexiones dulces en la voz que lo hacían atractivo. Cuando comprendió que mi actitud de reserva comenzaba a ablandarse, puso encima de la mesa una importante cantidad de dinero, que sacó de una cartera de mano, como argumento o empujón definitivo para ayudar a mi voluntad, menos vacilante ya que al comienzo de la entrevista, y al ver que yo lo contemplaba con cierta codicia, lo empujó hacia mí, y me dijo que ya era mío, a condición de que dijera que sí. Lo dije, después de un silencio y de un cigarrillo que encendió el visitante tras haberme pedido permiso y de haberme ofrecido otro, que acepté. Entonces me dio las primeras instrucciones: yo tenía que estar a la entrada del puente antes de las ocho de la tarde, hora en que lo retiraban, pero me dejaba en libertad de encontrarme a su comienzo o a su final. Debería llevar conmigo un equipaje suficiente, pero lo más somero posible, y, en todo caso, lo suficientemente ligero como para que yo mismo pudiera transportarlo, y ni en él ni en ninguno de mis bolsillos debería guardar arma alguna, pues ya se me proveería de las necesarias si llegaba el caso: lo cual no impidió que excluyera del veto mi cuchillo de manga, arma preferida por su manejo, sobre todo a distancia, y su silencio. Tampoco debería dar a nadie cuenta de mi

marcha, pero esta advertencia era inútil, pues nadie había tan próximo o tan interesado en mis peripecias que fuese necesario advertirle de una ausencia que probablemente sería larga. Quedé con él en que mi entrada en las Islas sería al día siguiente, a la última hora válida de la tarde, y esto más por precaución que por la necesidad que yo hubiera de tanto tiempo libre. Me dio la mano al marcharse. Yo guardé el dinero, pero en seguida lo saqué del bolsillo para contarlo: la cantidad no sólo me permitía solventar mis deudas más urgentes, sino engrosar considerablemente una cuenta que, en los últimos tiempos, se había adelgazado hasta extremos peligrosos. No pensé, de momento, en la naturaleza del asunto en que me había metido: no era la primera vez que tomaba a mi cargo la protección de alguien importante, con resultados en todo caso positivos; pero, en los últimos tiempos, ninguna oferta había llegado a mi despacho, hasta aquélla, y, durante las primeras horas, la asumí pensando que sería semejante a las demás, y de trámites parecidos. Esto me tranquilizó durante aquella jornada, pero, a la siguiente, desperté con la comezón de saber algo más del terreno en que iba a desenvolverme y de quién era el personaje cuya vida estaba ya encargado de proteger. La última edición de la Enciclopedia Británica me informó de ciertos datos relativos a la historia de las Islas, de su situación geográfica, de las razones por las que, estando tan próximas a mi país, se habían mantenido independientes, a pesar de que su economía complementaba la nuestra en cierto aspecto, y que dependía de nosotros tanto al menos como nosotros de ella: razón esta última por la que mi país se había mantenido siempre al margen de las circunstancias políticas que dominaban en las Islas, de sus siempre extraordinarios regímenes y de que se cumpliesen o no en ellas las mínimas condiciones sociales para que unos y otros permitieran considerarlas como un país semejante al nuestro. Mi investigación acerca del personaje que se me había encargado de proteger tampoco era mucho más explícita: llevaba más de veinte años al frente del gobierno, esto era el dato más importante y más significativo. Saqué la impresión, de aquellas lecturas, de que existiera algo así como un compromiso tácito de ocultar la verdad en virtud de causas o razones que de momento no se me

alcanzaban, pero que bien pudieran ser de naturaleza económica: algo que nos importaba mucho y que nos obligaba a cerrar los ojos ante determinadas realidades. Confieso que nada de esto me sorprendió, ya que el mundo está lleno de esta clase de relaciones entre pueblos.

A las diez de la mañana dejé satisfecha, en la medida de lo posible, mi curiosidad. Realicé luego el saneamiento de mis finanzas, y sólo después de haber almorzado en el lugar de costumbre y con la frugalidad habitual, pensé en la oportunidad de telefonear a Isabel e informarla de mi destino inmediato; pero finalmente no me decidí: por mucho que Isabel fuese todavía lo único que me relacionaba con mi pasado, había acabado por prescindir de mí, se había casado, y más pertenecía a unos recuerdos que iban siendo remotos que a mi presente. Desistí de advertirla, y, con esto, todos mis años de vida anterior se hundieron definitivamente en el olvido, o al menos eso llegué a creer, y me hallé con la memoria fresca, casi intacta: como al comienzo de un libro que empezase precisamente con la visita de un hombre desconocido, de voz simpática, que me había contratado para una tarea que pertenecía a mi oficio, y que me había anticipado, por mi trabajo, una importante cantidad de dinero. Pero este dinero, si sucediese lo peor, quedaría para siempre en una cuenta cuyo titular no podría cancelarla.

CAPÍTULO II

EL TAXISTA me dijo que sólo podría llevarme hasta el principio del puente, porque si entraba en él no podría regresar. Así que me dejó arrimado al extremo de aquel armatoste de hierro cuyo final apenas si se columbraba desde tierra firme. Mi maleta no pesaba demasiado, aunque sí lo suficiente como para cansarme después de caminado medio centenar de metros. No pude calcular cuántos medía el puente, porque apenas había entrado en él cuando empezó a retirarse, caminando en la misma dirección que yo: así que llegué a la frontera antes de lo que había calculado, y en vez de continuar a bordo del puente, descendí de él dando un pequeño salto y me encontré en la primera de las Islas, sin haber sin embargo visto las otras, sin saber exactamente su número, pero informado de que eran tres por la Enciclopedia que había consultado. El puente continuó retirándose, y yo me hallaba quieto cerca de la orilla del mar, al comienzo de un camino asfaltado que no sabía adonde podía llevarme. No había nada que hiciese presentir un país nuevo, ni que me hiciese esperar unos trámites de entrada, exhibición de documentos, registro de equipaje ni otras pejigueras acostumbradas. Lo único que vi fue el tenderete de una mujer que vendía pipas de girasol y palomitas de maíz. Iba a pasar de largo, pero ella me chistó. No era la habitual vendedora de esas viandas ligeras, sino una mujer fuerte, vestida con algo como un uniforme, que me dijo: «¿Quiere usted pipas o palomitas?» Le respondí que pipas. Me llenó un cucurucho, me cobró unos céntimos, y, con la mercancía, me entregó un papel, que no me tomé el trabajo de leer, que no sé por qué descuido mío me arrebató una ráfaga de viento. La mujer me dijo: «No lo deje escapar. Cójalo.» Yo dejé la maleta en el suelo y corrí tras él, pero se me adelantó alguien que venía en una motocicleta: recogió el papel y me lo entregó. Tuve tiempo de

examinarla: era una figura grácil, embutida en un mono y cubierta con un casco, que bien podían ocultar un cuerpo de mujer. Cuando quise darle las gracias, ya se había alejado, con un ruido discreto. Pero en mi mano había dejado no uno, sino dos papeles. En el primero, el más grande, el entregado por la vendedora de pipas, figuraba la dirección del hotel Metropol; en el segundo, una sola palabra: «Cuidado.» Los guardé en bolsillos distintos. Pero la palabra «Cuidado» había sido como ese golpecito que se da al caleidoscopio y lo altera todo en el interior. Era lo que no debiera ver, y acaso lo que debiera no lo veía, o se me aparecía de manera distinta. Como si las cosas empezasen a mostrar un comportamiento propio y autónomo. A partir de aquel momento se me antojaron los dedos huéspedes.

Regresé hasta el punto en que había dejado mi maleta, y me eché a andar por la acera de aquel camino o calle flanqueado de árboles y pronto limitado a un lado y a otro de grandes edificios que presagiaban una gran ciudad: levantados más allá de las aceras y de los grandes árboles que las cubrían como una especie de túnel vegetal que, sin embargo, dejaba pasar una luz difusa que permitía caminar sin tropiezos. Pronto empezaron los rótulos luminosos, y uno me advirtió de que había llegado al hotel Metropol: estaba encima de una colina de no mucha altura; la verja y la gran puerta de entrada rozaban el borde de la acera, y, desde allí, una vereda iluminada de luces bajas conducía hasta el hotel. No era demasiado grande ni especialmente hermoso o elegante, aunque sí sólido, y un tanto hosco en su apariencia. Las paredes estaban en penumbra: se distinguían los vanos de las ventanas y el resalte de los balcones, y la luz de la portada no era demasiado fuerte ni llamativa, sino discreta y suficiente. Se llegaba hasta allá por tres escalones de piedra. La puerta era de las giratorias: me metí en ella con dificultad a causa de la maleta, pero logré llegar al vestíbulo. Di las buenas noches, y me respondieron por mi nombre. Una especie de bienvenida no precisamente calurosa, pero tampoco hostil. Yo diría que indiferente. Dejé la maleta en el suelo, a mi lado; entonces percibí, en el lugar más visible de la pared del fondo, el retrato de un hombre de gran mandíbula y cabeza rapada, sin insinuación de cuerpo, como las cabezas de los reyes en las monedas.

Sentí, de pronto, cierto malestar íntimo. Sin causa visible ni conjeturable, no algo que sucede a una experiencia, sino más bien previo a ella. Quizás haya acontecido que alguno de mis sentidos percibió de repente lo que yo tardé algún tiempo, aunque escaso, en descubrir. Por lo pronto, los recepcionistas. Eran un hombre y una mujer, ambos con cara de jorobados. El hombre lo era, visiblemente, aunque sin exceso: si no fuera por la configuración característica de su cara, pudiera decirse que no pasaba de algo cargado de hombros, más bien bastante. Vestía como todos los recepcionistas de hotel, pantalones grises, chaqueta negra y corbata gris, y llevaba puesta encima de la cara la careta amable de la profesión. «Sea usted bien venido, señor. Cubra este impreso y permítame reseñar su pasaporte… Aquí tiene su llave… No se preocupe de la maleta: el mozo la subirá a su habitación: espero que le guste, tiene un balcón al jardín y está en el primer piso… Bien venido.» Tenía una voz agradable, el jorobeta, y no había dejado de sonreír, pero acaso su sonrisa le hubiera quedado fijada en el rostro como un tic o como el resultado de ciertas arrugas involuntarias. Cuando terminó de hablar, la mujer le advirtió: «Cuídate de que le lleven toallas limpias. ¿El señor va a querer alguna bebida? ¿Agua mineral acaso? La cena empieza a servirse dentro de media hora. Mucha gente acostumbra a tomar algo de alcohol como aperitivo.» Encargué un whisky.

Desde que la había visto, a aquella mujer, me bailaba por la memoria un recuerdo que en un principio fue y vino, y que acabé por situar en el recuerdo de alguna lectura. Se trataba de un novelón leído de niño en que una mujer hermosa, poderosa y mala ocultaba la joroba en un hueco practicado en su sillón. Transcurría la acción en Nápoles, o en tiempos de Massaniello o en el de Fra Diavolo. Pero no sólo la contemplación de aquella mujer me remitía a la literatura: el aspecto general del vestíbulo no me era desconocido, pero no como visto, sino leído, quiero decir descrito. A primera vista no difería gran cosa de otros vestíbulos similares, salvo que, desde el primer momento, causaba inquietud, más bien desasosiego. Un examen posterior permitía descubrir que sus líneas no eran rectas ni sus ángulos sino mínimamente agudos o escalenos, como las líneas verticales u horizontales un poco cóncavas o algo

convexas: todo en perfecta correlación. Y eso hacía esperar que esta complementariedad fuese el principio constructor de aquella arquitectura que, al comienzo, sólo llamaba la atención por pertenecer a un estilo anticuado y de excelente reputación en materia de hoteles. Imaginé también inclinados, aunque no sabía entonces si paralelos o divergentes, los suelos y los techos de mi futura habitación, y la misma insinuada irregularidad en la colocación de vanos. La página descriptiva que había recordado incluía la palabra siniestro, pero aquel vestíbulo no llegó a parecérmelo, sino sencillamente raro. De todos modos, es posible que la construcción fuera normal, y que sus irregularidades no pasaran de ilusión mía.

Había que entrar prevenido en mi habitación para darse cuenta de que, efectivamente, los planos de los suelos y la techumbre convergían en un lugar remoto, mientras que, hacia el otro lado, divergían lo suficiente como para poder imaginar que, a cierta distancia no muy próxima, pudieran contener el cosmos entero entre sus líneas. Pero para llegar a estas conclusiones, había que entrar allí prevenido, como yo lo iba: imaginé que una bola abandonada a sí misma resbalaría lentamente hacia la izquierda de la entrada, hasta detenerse en el ángulo formado por el suelo y la pared del cuarto de baño. Por lo demás, las puertas eran de maderas ricas y suntuosamente labradas, y la herrajería, de bronce muy trabajado: como los de los antiguos coches-cama de W.-L.

La maleta de mi equipaje ya estaba allí, aunque cerrada: nadie se había cuidado de deshacerla y colocar las ropas en los armarios. Me puse a esa tarea, de espaldas al balcón abierto y sin haberme asomado a él. La puerta estaba franca, y por ella ascendía el olor del jardín, fresco de aromas. Tenía las puertas del armario abiertas, y a veces vacilaba, sin saber cuál sería el estante idóneo para mis calcetines o para mis camisetas. En una de estas vacilaciones, alguien me chistó desde el balcón. Vi a horcajadas sobre el hierro de la barandilla a la muchacha (si era una muchacha) de la motocicleta que me indicaba silencio. Me aproximé. Me dijo en voz baja, casi un susurro: «Examine con cuidado el dosel del lecho, y precávase», y se dejó deslizar por una enredadera fuera de mi vista, hacia abajo. Me asomé al balcón, pero no vi nada en aquella

oscuridad forestal del jardín. Dejé la colocación de mis pertenencias íntimas en el armario y presté atención al lecho del dosel: aparentemente, era un lecho como tantos otros, con sus columnas de madera sosteniendo allá arriba un armatoste decorativo próximo al techo, que no difería gran cosa de otros similares, vistos en otros hoteles como aquél. Pero como la advertencia se refería al lecho y no a otra cosa, me quedé perplejo, agarrada la mano a una de las columnas: era de las salomónicas, aunque no gruesa, y las estrías de la espiral bajaban regulares, como paso de tornillo. También esta vez las lecturas infantiles vinieron en mi ayuda: fue el recuerdo de las aventuras de Dick Turpin, en aquel pasaje en que un posadero asesino se deshace de sus clientes mediante un artificio que hace descender el dosel del lecho hasta asfixiarlos. Agarrado a las columnas inferiores, las hice girar lentamente en el mismo sentido, y un crujido de madera, allá arriba, vino en ayuda de mi sospecha: en efecto, el dosel se había inclinado unos centímetros, y logré equilibrarlo haciendo la misma operación con las columnas de la cabecera. No me cabía ya duda de que, girando simultáneamente las cuatro columnas, el dosel descendería lentamente y podría asfixiar, y quizá también aplastar, a cualquier durmiente desprevenido. Pero lo que no lograba explicarme eran las razones por las cuales yo, traído a aquella ciudad para un servicio, iba a ser eliminado antes de cumplirlo. Quizá se tratase solamente de una precaución, o bien el momento en que se me haría víctima del artefacto se dilataría hasta una fecha incierta. De todas maneras, tomé en aquel momento la determinación no sólo de no dormir en aquel lecho, sino de ponerlo a prueba. Bebí calmosamente el whisky que me había traído una camarera, mujer de edad indefinida sin nada de particular en su aspecto o en su conducta. Bajé a cenar al comedor, una cena frugal como era mi costumbre, sin que nada extraño o digno de tener en cuenta aconteciese, aunque yo estuviese ya sobre mí, atento a cualquier detalle y a su posible significación. Por si alguien me observaba, llevé a término los trámites normales de quien va a acostarse, lo hice, y apagué la luz. En la oscuridad, presté atención a los ruidos, y no se repitió el del dosel. De todos modos, a oscuras, salté de la cama, arrastrando las ropas conmigo, y me instalé a tientas en un diván en el que ya había pensado dormir.

Dejé encima de la cama mi maleta vacía, puesta de pie. No sucedió nada que distrajera mi sueño. A la mañana siguiente, la maleta estaba como yo la había dejado, y nada del dosel parecía haberse movido.

Hubiera podido desayunar en la habitación, iluminada desde muy pronto por una luz verdosa que ascendía del jardín y llegaba hasta el lecho a través de árboles y enredaderas: una verdadera batería de advertencias impresas me informaba de qué número de teléfono debería marcar para conseguir esto o lo otro. Pero preferí descender al comedor, donde a lo mejor me hallaría tan solo como a la hora de la cena. No fue así. En aquel espacio enorme, decorado según el gusto de los principios del siglo, cuando las Islas eran todo lo más un lugar de veraneo para clases adineradas que venían de lejos, había hasta cuatro parejas que ocupaban otras tantas mesas distanciadas entre sí, de tal manera que la impresión, al entrar, era la de vacío, y sólo después de haber entrado llegaba uno a darse cuenta de que no estaba solo en aquel ámbito: eran como manchas en tal inmensidad blanca y dorada, concebida para hombres y mujeres vestidos de otra manera, no de la nuestra, tan vulgar. Después de examinadas las parejas, en la medida en que la distancia me lo permitía, llegué a la conclusión de que nada tenían que ver conmigo y de que, los que no eran turistas, eran agentes comerciales, representantes de casas o empresas del continente, de mi país, o de cualquier otro semejante. Ninguna de ellas llamaba la atención por sus rasgos visibles, entre los que predominaba la vulgaridad en el vestir y en el comportamiento. Me desentendí de ellos.

El desayuno no difería en absoluto de lo acostumbrado en los hoteles de cuatro estrellas, pero debajo de la taza del café, entre ella y la servilleta, venía un papel doblado que leí en seguida, antes de empezar el desayuno: me advertían en él de que a las diez y media vendría un coche a buscarme. Yo había remoloneado después de despertarme, y había gastado más del tiempo habitual en mis abluciones, de manera que tomé el café y el bollo sin pausas, y apenas había acabado cuando entró el jorobeta de la noche anterior, muy sonriente, y me dijo que el coche me esperaba. «Voy inmediatamente.» Toda vez que no llevaba armas, salvo mi cuchillo

de manga, ni había olvidado los cigarrillos, no tuve necesidad de volver a la habitación. Encendí uno, y con él en los labios salí al jardín. El coche que me esperaba era de los anticuados y suntuosos, de los que llevan la cabina del conductor separada, con techo y laterales de una materia oscura, como hule o algo así. El conductor venía uniformado: quizá el jorobeta hubiera podido identificarlo por el uniforme; yo, no. Me esperaba fuera del coche y con la gorra en la mano. «Procure el señor acabar el cigarrillo durante el trayecto. Su Excelencia tiene prohibido fumar delante de él.» Ya era, al menos, una pista, más bien doble: iba a ver a Su Excelencia, y este desconocido no permitía fumar en su presencia. Pero ¿quién era? ¿El que yo iba a proteger, o sólo un intermediario? El coche salió del jardín, caminó unos minutos por la avenida y, a poco, torció a la derecha por una calle angosta y pina, muy bien cuidada, con árboles y flores a los lados. El primer control nos detuvo a escaso trecho: un soldado miró hacia el interior, me vio, me sonrió y dijo: «Adelante.» El segundo control, un escaso trecho después, me preguntó quién era y adonde iba: le respondí con mi nombre y que no sabía adonde me llevaban. Él consultó un papel, me saludó militarmente y el coche arrancó. En el tercer control hube de descender: un hombre uniformado, aunque no soldado raso, a juzgar por los galones, me cacheó después de pedirme perdón, movió la cabeza negativamente hacia otro hombre de más galones que presenciaba el cacheo y me extrajo de la manga el cuchillo: «Se le devolverá cuando salga del país.» El de más graduación me rogó que me sentara, me hizo unas cuantas preguntas inútiles y me permitió marchar. Desde allí hasta el palacio de Su Excelencia no nos detuvo nadie, ni vimos a nadie. El palacio era un edificio inmenso y achatado, acumulación de pabellones o cuerpos de una sola planta, pero a distintas alturas, como si los hubieran construido adaptándose al terreno y aprovechando sus desigualdades. De los distintos pabellones, uno sobresalía especialmente, no por ser más alto, sino por estar edificado en una eminencia. Era también el de mayor complejidad arquitectónica, o acaso sólo el menos sencillo. La puerta de entrada, sencilla y poderosa, pertenecía a ese estilo con que los hombres de poder se manifiestan. Hacia ella me llevaron, por ella penetré en un ámbito igualmente grandioso, de

líneas y ángulos regulares, en el que las diversas mesas, los diversos departamentos se perdían: en cada una de ellas, encima o detrás, se multiplicaba el mismo retrato, el de una cabeza varonil, casi sobrehumana, que desde entonces iba a ser reiterada en todos los lugares públicos o privados, incluidos los faroles de la iluminación callejera: era el mismo hombre rapado y de gran mandíbula visto en el hotel. Me sentí también perdido en aquella magnitud, pero una señorita que se me acercó, sonriente (con una sonrisa profesional), me redujo inmediatamente a las dimensiones habituales. Mi mirada dejó de perderse para concentrarse en ella. Me preguntó que qué deseaba. Le respondí que no lo sabía, que me habían traído allí, eso era todo. Siguió sonriendo, aunque pareció que en su sonrisa se operaba una metamorfosis. «Espere. Siéntese por ahí.» En aquel espacio inmenso, en cualquier lugar que me sentase, quedaría perdido. No escogí. Me dirigí al diván más próximo, y en él me dejé caer. Había gente que iba y venía, hombres y mujeres de todas las edades. La señorita que me había recibido y, finalmente, sonreído se había reintegrado a una mesa llena de papeles y de teléfonos. No tenía otra cosa que mirar, y la miré. De repente se me ocurrió que aquel cuerpo grácil podía pertenecer a la motociclista que me había ayudado en dos ocasiones, sin causa aparente, como llovida del cielo, por otra parte inútil. De la motocicleta recordaba, además de la figura, que denominé grácil, ciertos movimientos, pocos, razonablemente escasos para llevar a cabo una satisfactoria identificación. A pesar de estas razones en contra, la identidad se me imponía como una evidencia.

Se me acercó un señor muy encopetado, me preguntó si llevaba mucho tiempo esperando y, antes de que yo pudiera responderle, me encajó una nueva pregunta, cuya respuesta no esperó, pues siguió su camino: «Dígame, ¿por casualidad está usted enterado de las cifras exactas de la producción de nueces, de sus precios en el mercado y de las disponibilidades de depósitos?» Se alejó pesadamente, como si le costara un trabajo excesivo mover su enorme cuerpo.

La siguiente persona en acercarse fue una señora cincuentona, aunque todavía de buen ver y de mejor tocar, a juzgar por lo prieto de sus carnes según dejaba traslucir el traje sastre oscuro muy

ceñido que llevaba. Traía en la mano un pitillo apagado, me pidió fuego, y me dijo que, si deseaba fumar, que lo hiciera mientras esperaba, en el caso de que fuese a ser recibido por Su Excelencia, como se deducía de mi presencia allí. «Ya sabe usted que él no tolera ninguna clase de tabaco.» Le pasé mi mechero, encendió, echó una gran bocanada de humo y se sentó cómodamente en el sillón frontero a mi asiento. «Yo, por fortuna, no tengo que despachar con él esta mañana.» Sentada como estaba, las rodillas le quedaban más altas que la cabeza, de manera que yo la veía cuando abría las piernas, y, cuando las juntaba, sólo veía, como corona del par de rodillas, su sedoso y hermoso cabello plateado. Tenía las piernas largas y bonitas, metidas en medias negras cuyos finales yo podía ver, mas no mucho más allá, de modo que no me sería lícito decir si aquellas oscuridades iban veladas o al descubierto. «¿Está usted informado acerca del quinto cromosoma?», me preguntó, de repente; y yo le respondí que no. «Es lo que me preocupa ahora, más que cualquier otra cosa. Sepa usted que, de cien niños, veinte son mongólicos. Todos de un mismo padre, de modo que no cabe dudar de qué lado viene la herencia. Un veinte por ciento es una proporción muy alta. Y lo malo es que llegada la edad, esos niños han de ejercer su sexualidad normalmente. Pero como son hermanos de padre, aunque los esterilicemos, no es aconsejable el incesto. Esto nos obliga a dividir en dos el colegio donde se educan: los niños a un lado, las niñas a otro, en contra de nuestras convicciones y de nuestra práctica tradicional. Llegamos a esperar que usted trajera alguna solución.» «Pues no, no la traigo», le respondí. Pareció muy decepcionada. Dio la última chupada al cigarrillo, que estaba aún por la mitad, y se levantó. «Bueno, espero que volvamos a vernos.» «Sí, señora, yo también lo espero.» Se marchó hacia el fondo y se perdió detrás de una de las puertas.

Se me acercó un individuo vestido de militar, muy rígido en sus maneras, muy estirado. «Su turno, señor.» Me levanté y, a una señal suya, le seguí. Me llevó hacia lo que parecía la puerta de un ascensor, y que lo era a la vista, pero que, en vez de deslizarse verticalmente, lo hacía en sentido horizontal: no ascendía, se trasladaba, y no exactamente en línea recta, sino alabeada, de modo que unas veces subía con suavidad y otras bajaba con la misma

calma: me dejó la impresión de llevarme por un terreno ondulado; lógico, por otra parte, ya que en aquel palacio todo eran pisos bajos, aunque construidos, como creo haber dicho ya, a distintos niveles. Se detuvo al final del último ascenso, y el militar, que no había abierto la boca, me dijo: «Hemos llegado, señor.» Se abrieron las puertas y me hallé en un vestíbulo semejante al anterior, aunque más suntuoso, si bien la suntuosidad fuera en los materiales, no en las formas ni en los ornamentos. «Sírvase esperar hasta que lo llamen.» Me senté en el diván que se correspondía simétricamente al de la otra sala de espera. La señora del cabello sedoso y gris estaba allí, y se me acercó lo mismo, aunque esta vez no me dijera nada: se limitó a mostrarme el cigarrillo sin encender. Le di fuego y ella se sentó delante, como si la escena anterior fuese a repetirse. Había, sin embargo, una novedad que me desconcertó: no llevaba medias negras, sino claras, de esas que antaño se llamaron color carne y fueron revolucionarias en su tiempo. Por lo demás, la escena que siguió fue prácticamente simétrica a la anterior, sólo que en vez de interrogarme acerca del quinto cromosoma, lo hizo sobre la fisión del átomo: parece que tenían un problema de energía, una central nuclear les resultaría demasiado cara, y lo que los sacaría del apuro sería la desintegración del átomo en frío. Quedó tan decepcionada de mi ignorancia acerca de la fisión del átomo como antes había quedado de mi respuesta a la pregunta sobre el quinto cromosoma. Apagó el cigarrillo a la misma altura, más o menos a la mitad, y se marchó con el mismo saludo, aunque esta vez no desapareció por el fondo de la sala, sino por la izquierda. De la derecha vino un militar semejante al primero, aunque de más galones y más estirado todavía, que me dijo: «Sígame. Su Excelencia le espera.» Volvió hacia la derecha, fui detrás, y me dejó a la entrada de una puerta sin nada de particular, confiado a una secretaria que no era la de la primera antesala pero que, como ella, tenía el cuerpo grácil y podía ser lo mismo la chica de la motocicleta. No tuve tiempo de examinarla con detalle: el pasillo era corto, desembocaba en un gran despacho, y una segunda puerta se cerró tras de mí. En aquel despacho tan grande que resultó más bien antesala, había mucha gente, civiles y militares, en grupos de pie o sentados en los tresillos, todos hablando en voz baja, y un

número crecido dé secretarias, todas igualmente gráciles y bonitas, todas vestidas como la que me acompañaba, que iban y venían, entraban y salían por las numerosas puertas, se dirigían a alguien o transitaban, impasibles, entre la gente, con papeles en la mano, sin papeles. El espacio era mayor de lo esperado, realmente grande, y, sobre todo, de techos altísimos, de modo que parecía construido para personas de doble altura que la normal. La secretaria que me acompañaba me dejó en manos de un hombre uniformado, a quien seguí. Me metió por una de las puertas. Inmediatamente entramos en la cabina de un ascensor metálico que, pulsado el botón, ascendió un poco y después se deslizó horizontalmente por unos carriles que debían de ser ondulados, a juzgar por lo que bajaba y subía. Hasta que se detuvo, y el hombre del uniforme, que no había dicho nada, abrió la puerta y me invitó a pasar. Me hallé en una vasta galería, de grandes ventanales y grandes vanos, cada uno cubierto por un retrato de grandes dimensiones en que el mismo personaje aparecía vestido con distintos atuendos, entre ellos varios uniformes. Al final de la galería, un pintor, subido a una escalera, daba los últimos toques a un retrato del mismo personaje vestido de marino, de gran gala. Era un rostro tan imponente como los otros, un rostro que, nada más mirado, emitía órdenes.

Recorrimos a paso normal el enorme espacio. Mi acompañante se detuvo a mirar el último de los cuadros, y aun se permitió hacer al pintor alguna advertencia, pero sobre un detalle sin importancia: el número de diamantes de una condecoración. El pintor le dio las gracias. Entraba un sol deslumbrante por los ventanales, y, mirando atrás, sólo se veía luz. Llegamos a la última puerta, negra, lustrosa y con grandes herrajes de bronce: una puerta por la que hubieran podido entrar titanes. Mi acompañante pulsó dos veces el timbre, la puerta se abrió, yo entré y él quedó fuera.

La puerta se cerró detrás de mí y yo quedé quieto, un poco confuso por lo que veía: otro gran salón, de paredes desnudas y relucientes, un gran salón embaldosado a la manera antigua, sin muebles y sin nada más que, en la esquina opuesta a aquella en que yo me hallaba, una mesa de trabajo y un hombre detrás de ella. Delante de la mesa había un sillón vacío, y, a un lado, un trípode con una tercerola. El hombre me hizo señal de que me acercase, y

lo hice, con calma y procurando no perder el equilibrio. Al llegar ante la mesa, me detuvo. Él se levantó y nos miramos unos instantes.

—Sepa —me dijo— que desde ahora tiene mi respeto. No ha titubeado ni tropezado una sola vez.

—Gracias.

—¿Quiere sentarse?

Lo hice. Él también, después de mí. Aparentemente tranquilo, creí adivinar cierto nerviosismo, que resolvió abriendo un cajón y sacando una caja grande de cigarros. La abrió y me ofreció.

—Yo no fumo, pero no me opongo a que lo hagan mis visitantes.

¿Era el comienzo de un test aquella oferta? Por si acaso, fui prudente.

—Se lo agradezco, pero yo sólo fumo cigarrillos… de los míos. Son una marca especial.

—¿Cree que los encontrará en las tabaquerías?

—Todavía no lo sé; pero, en todo caso, tengo provisión para unos días.

—Cuando los necesite, no tenga embarazo en pedírselos a su secretaria. Porque desde hoy mismo tendrá usted una secretaria. En realidad, ya la tiene usted: es la señorita que le ha recibido.

¿Cuál de las dos? Igualmente gráciles, igualmente vestidas. No me había dado tiempo de fijarme en el color de sus ojos, o acaso me hubiera distraído.

—¿Tomará un café conmigo?

—Gracias.

—¿Solo?

—Sí. Solo.

Pulsó un botón y ordenó por un dictáfono:

—Traiga dos cafés solos y algo de coñac. —Se dirigió a mí—: Porque también tomará coñac, ¿verdad?

—Preferiría un poco de ron.

—Entonces, el coñac lo tomaré yo. El ron no hay que pedirlo. Lo tengo aquí.

Me guiñó un ojo.

—Mi mala fama dice que me emborracho de ron. No es cierto. Pero sí lo es que eche un trago de vez en cuando.

Por alguna puerta no visible desde mi asiento había entrado un camarero mulato. Venía cargado con la bandeja de lo pedido. Sin decir palabra, sirvió los cafés.

—¿Has traído tres tazas?

—Dos, Excelencia.

—¿Queda café?

—Sí, Excelencia.

—Pruébalo.

El criado, sin rechistar, probó un sorbo de la cafetera. Dio un respingo, cayó al suelo gimiendo, se retorció y quedó quieto.

—¿Ve usted? —me dijo Su Excelencia—; de nada valen las precauciones. Y esto sucede al menos una vez cada mes. De modo que no encuentro camareros más que pagándolos a peso de oro.

Pulsó otro timbre y volvió a hablar por el dictáfono:

—Que vengan dos de la guardia.

Y volviéndose a mí, añadió:

—No se preocupe. Para estos casos tengo prevista una cafetera, junto al ron que le ofrecí. Pero es triste no poder confiar en lo usual, ¿no cree?

Lo que yo no creía era que el mulato hubiera muerto y que el café estuviese envenenado. Sin razón alguna, lo reconozco. A lo mejor estaba equivocado. Con una patadita al cuerpo caído me bastó para comprobar que estaba muerto.

Su Excelencia se había acercado a la pared trasera a su mesa de trabajo, de la que un panel se deslizó silenciosamente: una alacena llena de comestibles y botellas, con una especie de cocinita en el espacio inferior. Pude, por primera vez, ver entera su figura, aunque de espaldas. Era más bien bajo, de torso corpulento y piernas pequeñas y recias, como de jinete o ciclista. Llevaba unas palas doradas y estrelladas en las hombreras de la camisa. Las condecoraciones, no demasiadas, pero rutilantes, quedaban en la guerrera, que colgaba de una silla cercana. Así, de espaldas, llamaba la atención la cabeza cuadrada, tan chata por detrás que pudiera servir de blanco a una pistola o a un cuchillo. Se le marcaba el lugar preciso del impacto, un poco más arriba del pescuezo, en la nuca.

Él mismo recogió la bandeja de los cafés, vació las tazas y la

botella del coñac en un lavaderito de porcelana, con grifos dorados. Después preparó una cafetera eléctrica y la enchufó. Limpió las tazas con un paño, cuidadosamente, después de haberlas olisqueado. «Cianuro, sin duda», dijo, sin dirigirse a nadie. Preparó él mismo la bandeja, con una botella de ron y dos vasos. La cafetera empezó a rugir. Se volvió.

—No quiero que desconfíe. Usted señalará la taza y el vaso, y yo beberé el primero.

Tuve que hacerlo. Así tomé un café excelente y un ron de los que ya no se encuentran. Él se había sentado. Requirió un montón de papeles, bien ordenados, los colocó delante de sí.

—Me gustaría que almorzásemos juntos y pasar la tarde charlando con usted, pero hoy no puede ser. Otro día, ya se lo advertiré. Pero hay ciertas cosas que debe usted saber: todas van aquí descritas y detalladas. El resumen se lo puedo decir de palabra: aproximadamente cada mes hay una conspiración contra mí, cuyos jefes son debidamente castigados. Estas conspiraciones las organizan los agentes del Gobierno. Conozco su desarrollo hora a hora. No me preocupan, como usted puede comprender: son un instrumento de poder que manejo con cierta habilidad. Pero existe otra conspiración, que yo no he provocado, que yo no he organizado, y que es la que tiene usted que descubrir. Le conviene leer esos papeles con atención para estar al tanto de las otras y no confundirse. Todo lo que se sabe de la ignorada son conjeturas y algún hecho como el que usted acaba de presenciar.

Se levantó.

—Cuando esté debidamente informado, solicite una entrevista conmigo, que ya procuraré que sea larga. Hágalo por medio de su secretaria. También le harán entrega de una pistola para su defensa, pero debe entregarla a quien se la pida antes de entrar a verme. La recobrará después. —Sonrió—. No es desconfianza, sino precaución. Nadie armado debe entrar en mi presencia, como puede imaginar. La ciencia ha adelantado mucho a ese respecto.

Me tendió la mano. Yo también me había levantado, pero sin darme cuenta de que había una persona a mi lado. Lo comprendí cuando Su Excelencia se dirigió a alguien que no era yo. Entonces volví la cabeza. Una de las secretarias estaba a mi lado, también

grácil y uniformada. A primera vista, la tomé por la primera que me había recibido. Después lo confirmé.

—A partir de ahora, Gina, queda usted relevada de todo servicio que no sea el de acompañar y orientar a nuestro amigo. La supongo ya informada de quién es y de lo que hará entre nosotros. Trátelo bien y que lleve un buen recuerdo de su estancia aquí. Y por supuesto, infórmele de cuanto necesite. Si algo no lo sabe, pregunte en mi departamento de información: están advertidos.

Y volviéndose a mí, añadió:

—Gina es una buena compañera. Lo pasará usted bien. Ahora, pueden marcharse.

Gina me precedió a la salida: pude comprobar la ligereza de su talle.

CAPÍTULO III

SE LLAMABA GEORGINA, pero me rogó que la llamase Gina, porque su nombre era muy largo. Cuando se quitó la chaqueta, en el comedor, y la colgó en el respaldo de la silla, pude advertir que no era tan delgada y angulosa como parecía, metida en su uniforme de alta funcionada. Tenía modales muy distinguidos y, mientras hablaba, corrigió algún error de la mesa, sin comentarlo. Lo primero de que habló fue de la suerte que había tenido, al ser la elegida para acompañarme: lo atribuía a que, por su cargo, estaba mejor informada que sus colegas y que quizá hubiera sido ésa la razón. Di por sentado que respondería a mis curiosidades. Le pregunté a qué se debía su preeminencia burocrática, siendo tan joven, y me respondió que había viajado por el extranjero, y que hablaba idiomas. Tenía también algunas habilidades que no me explicó. No pude menos que referirme al episodio del camarero envenenado. Se echó a reír. «Es muy teatral, Su Excelencia, y ese truco lo usa con muchos visitantes.» «¿Truco? ¿A qué truco se refiere?» «Al camarero envenenado. Es una farsa.» «Pues en mi caso no lo fue: el camarero estaba muerto y bien muerto.» «¿Habrá sido capaz?», se preguntó o me preguntó con un punto de asombro, sin llegar al horror. «Por esta vez, al menos…» Puso la cara de quien, sabiéndolo todo, llega a un punto que no comprende. «No dudo de que tenga usted razón.»

Yo no deseaba cambiar de conversación, de modo que la cuestioné sobre el particular. «Siendo como es una dictadura, hay gente que muere, pero no precisamente por orden de Su Excelencia, ni a sus manos. Ni siquiera se encarga él de juzgar y ejecutar a los responsables de las conspiraciones que él mismo organiza. Los aspectos desagradables de la justicia corren a cargo de su hijo, que presume de haber mandado al otro mundo a tanta y tanta gente. Su

hijo es el jefe militar, y manda en la Segunda Isla, que ya iremos a ver. Allí están los militares y los marinos, el aeropuerto y los muelles, los astilleros y los hangares. La Segunda Isla se rige por la ley marcial. Conviene conocerla, pero también salir de ella cuanto antes: allí casi todo es delito contra el código castrense.» «¿Y dice usted que iremos allí?», dije, con cierto temor. «Sí. Pero nosotros seremos visitantes de excepción. No nos pasará nada… a condición de que nos atengamos a las reglas. Por ejemplo, allí no se puede fumar.» «Eso me dijeron como advertencia, pero Su Excelencia me ofreció un puro.» «¿Y lo ha aceptado?» «No.» «No le gusta que fumen.» Ella lo estaba haciendo. Habíamos pedido la comida, y, como aperitivo, nos habían servido vino. Blanco el de ella, rojo el mío. Fumaba a pequeñas chupadas y bebía a pequeños sorbos. «A usted le conviene conocer bien el país. También iremos a la Isla Tercera, en la que manda la esposa de Su Excelencia. Es la Isla del Amor y del Vicio. Ahí no matan a nadie, pero muere más gente que en la otra. Se conoce que el amor es mortal…» «¿Usted no lo sabe?» «Yo tengo el amor prohibido. Una semana de éstas me tocará subir de noche a la Residencia Privada. Su Excelencia me hará un hijo. A partir de ese momento, y hasta que se hagan cargo de él, pertenezco al Estado. Después seré libre, y hasta podré casarme. ¡No ponga esa cara, hombre! Tener un hijo de Su Excelencia es un honor que no alcanzan todas las mujeres. Me sobrarán maridos, si los quiero…» «¿Y por qué la han elegido?» «No lo sé. Existe un comité secreto, y un día se recibe una notificación… “Esté usted preparada…” Y yo lo estoy.» «¿No puede rechazar el honor?» «No es posible, y sería inútil.» «¿Lo acepta, pues, de buen grado?» «Lo acepto como tantas otras cosas que vienen sin contar con nuestra voluntad. La misma vida.» No supe responderle, y ella dijo algo acerca de la comida que nos estaban sirviendo. «Algo me han dicho referente a esos hijos… Serán, al parecer, la futura clase gobernante, pero hay algunos idiotas. Ésos, en su día, serán dulcemente suprimidos.» «¿Y lo dice usted con esa tranquilidad?» «¿Cómo quiere que lo diga? En primer lugar, ninguno es el mío. En segundo lugar, las madres de esos niños no los aman. Son mentalizadas, durante el embarazo, y se las convence de que están llevando a cabo un servicio al Estado. Nada más ni nada menos, un servicio ajeno a todo sentimiento personal

que no sea la obediencia y la disciplina.» «Y usted, ¿no lo encuentra monstruoso?» «¡Nunca lo había pensado…!»

La miraba y me atraía, pero al mismo tiempo me sentía repelido por su manera de pensar, sobre todo, por aquella aceptación sin rebeldía de un sistema que yo juzgaba ya intolerable aunque me hallaba allí para defenderlo, comprometido por un contrato y unos dineros recibidos. Una sola frase de Gina no encajaba en la idea que de ella me iba haciendo, aquel «¿Habrá sido capaz?» con que respondió a mi seguridad de que el camarero había muerto, y que parecía haberle salido del alma. Sin embargo, lo decía todo con tanta naturalidad y era tan joven, que no resultaba verosímil que representase un papel. ¡Parecía tan convencida de lo que me iba diciendo!, y lo que me decía era sin duda el resultado de una educación y de una convicción. Pensé por un momento que mi misión allí no era tanto la de descubrir una conspiración contra Su Excelencia cuanto la de sacar a Gina de sus aberraciones, y, sobre todo, sembrarle en la voluntad la rebeldía mínima que le permitiese negarse a ser fecundada por aquel hombrecillo de las charreteras de oro y la galería de retratos, engendrador de idiotas y responsable máximo de una situación que mi conciencia rechazaba, pero de la que yo, esto me lo decía la conciencia misma, era defensor y colaborador. Necesitaba, para limpiar la mente, emplearme a fondo en un trabajo contrario a lo que me había llevado allí. Pero, por otra parte, cualquier decisión de este jaez me parecía prematura: apenas llevaba un día en las Islas, y lo que sabía no sólo era insuficiente, sino que podía interpretarse de varias maneras. Por ejemplo, ¿quién me aseguraba que el envenenador del camarero había sido Su Excelencia? ¿No podía ser un episodio de la misma conspiración? Así, al menos, me lo había hecho entender el dictador.

Gina, después de haber comido un poco en silencio, y no sé con qué pretexto, empezó a explicarme, con toda frialdad y suficiencia, la organización política del país. Su división en tres Islas y la especialización de cada una, no era más que algo muy general, por otra parte natural, dado que, efectivamente, el país consistía sólo en las tres Islas, que eran, además, distintas en su configuración y orografía. A una voluntad clasificadora, como parecía ser la que

había organizado todo aquello, le resultaba fácil confinar en cada una de ellas a tres grupos de población muy definidos, que en los países normales andan mezclados, y esta heterogeneidad engendra dificultades. En las Islas no había huelgas ni la policía tenía conflictos con los drogadictos. Los obreros trabajaban en su Isla, donde vivían disciplinados y felices; los viciosos campaban por sus respetos en la suya, y en la Primera vivían las gentes de orden, irreprochables por su moralidad, buenos pagadores de los impuestos, sin merma en sus derechos cívicos. Elegían cada cuatro años la Dieta de cien diputados, todos ellos gente interesada en la prosperidad y buen orden del país. Estos cien, a su vez, elegían los veinticinco del Colegio de Notables, entre los que se escogían los miembros del gobierno y la cúpula de la organización, el Triunvirato formado por el presidente del gobierno y dos vicepresidentes. «Su Excelencia no gobierna; se limita a mandar.» Me agarré a esta frase, dicha sin darle mayor interés, como una de las claves de aquella estructura política que permitía, por ejemplo, la existencia de restaurantes como aquel en que nos hallábamos, discretamente lujoso, con un buen chef y una clientela de aspecto distinguido que no hablaba en voz alta: presidido, claro, por un retrato del Jefe.

—¿Y todo esto se paga sólo con los impuestos de los afortunados habitantes de la Isla Primera?

—Eso no daría ni para pagar los servidores municipales, que mantienen la ciudad limpia y presentable, recortados los setos de los jardines, podados los árboles, y un servicio irreprochable de aguas y alcantarillas. En nuestra ciudad el tráfico está ordenado, y, en el otoño, no vuelan las hojas por las avenidas. Pero los gastos del Estado son infinitamente superiores. Tenemos un ejército muy lucido, que desfila correctamente el día de la Fiesta Patria, y una Armada de pocos barcos, aunque los más avanzados del mundo. A los niños de las escuelas se les enseña a enorgullecerse de nuestra Armada, que todos los años viaja a un país extranjero, donde los técnicos examinan las novedades y nos compran después los prototipos, que ellos presentan como suyos. Nada de esto sería posible sin el Taller Naval, donde los mejores ingenieros del mundo, pagados a peso de oro, inventan para nosotros, se superan cada año,

van a la vanguardia de la técnica naval de guerra. Pero no son sólo ellos los que nos proporcionan ingresos: está también la Aduana. En nuestros muelles, en nuestro aeropuerto, barcos y aviones, cargados de mercancías cuya naturaleza no nos interesa, compran, venden, intercambian sin otro requisito que pagar, gracias a lo cual nuestro puerto es el más navegado del mundo, y nuestro aeropuerto el más visitado. Finalmente, puedo decirle a usted que la droga que se consume en la Isla del Vicio es monopolio del Estado, lo cual le permite controlarla. Cuando uno de nuestros hermanos o de nuestros hijos marcha a la Isla del Vicio, sabe que allí hallará lo que apetece, y que la única condición que se le pone es que pague y que no vuelva más a su casa. Se preguntará usted de dónde sacan el dinero… En la Isla del Vicio hay también casinos, adonde va el que quiere, de cualquiera de las tres Islas. Nadie los vigila, ni toma nota de quién entra o de quién sale. Dejan allí su dinero, y basta.

Gina había descrito su país con voz monótona, pero agradable, como quien recita una lección aprendida en la que, además, cree. Y conforme hablaba, yo iba imaginando, comparando, juzgando. Como organización racional de la imperfección humana me parecía sencilla y eficaz, algo así como la realización de tantas utopías políticas, a la que sólo faltaba la propiedad común de las mujeres, si bien a este respecto el acceso de Su Excelencia a todas las futuras madres me pareciese un buen recuerdo. Dicho con mis palabras, una clase dominante se había asegurado la tranquilidad civil por el procedimiento de sostener un sistema que, al clasificarlo todo, lo separaba, creaba guetos bien delimitados y, a su manera, aseguraba la felicidad de todos los ciudadanos. El confinamiento del Vicio y de la Fuerza permitía librarse de ellos, aprovecharlos y probablemente dominarlos. Había sin embargo algo horroroso en todo aquello, y se me ocurrió que quienes habían puesto en marcha una conspiración experimentaban el mismo sentimiento que yo: a no ser que se tratase simplemente de derribar un jefe para poner a otro en su lugar, otro que garantizase la estabilidad del sistema y pusiese el poder en manos que ahora lo miraban de lejos. Eran dos posibilidades, ambas verosímiles, y yo no sabía contra cuál de ellas me habían contratado. Los datos eran contradictorios. La señorita de la moto, que me había protegido, ¿a quién ayudaba? La bella

recepcionista jorobada que me había enviado a una habitación que en cualquier momento podía ser un patíbulo, estaba seguramente implicada en una conspiración. Pero no podía interrogarla, menos aún espiarla. En cuanto a Gina, no cabía duda de parte de quién estaba. A no ser que… Pero no.

Había terminado de comer, había tomado café, y ahora fumaba un cigarrillo largo y oloroso. Yo preferí del mío, más basto y más satisfactorio. Cuando fui a pagar, me dijeron que la cuenta ya estaba abonada, y Gina sonrió levemente. Pero ella no la había pagado, lo cual me arrojó a la maraña de ciertas cábalas de nada difícil resultado. «Ahora, vamos a recorrer la Isla Primera.» «¿Se da usted cuenta, señorita, de que yo estoy aquí para llevar a cabo una investigación, y que recorrer las Islas no me llevará, no ya a una conclusión, sino que ni siquiera a un camino?» «Tiene usted tiempo. Yo, por otra parte, cumplo órdenes.» Me encogí de hombros y la seguí. Tenía un coche bonito, pequeño y elegante, de importación, como todos los que había visto hasta entonces, como todos los que vi después. Colegí que aquella especialización industrial en armas de guerra, que aquella limitación y al parecer secreta comercial a toda clase de mercancías prohibidas, dejaban el dinero suficiente para que el país se abasteciese de lo que, producido por los demás, necesitaba. Así, en mi recorrido por la Isla Primera, vi no sólo toda clase de almacenes de automóviles, con grandes y lujosos escaparates, sino toda clase de máquinas y de productos de la sociedad moderna: marcas que yo conocía, cuyas factorías estaban aquí y allá, repartidas por el mundo, pero no precisamente en las Islas. La ciudad era agradable y, si se puede decir, hermosa. No se veían peatones: todo el mundo viajaba en algún vehículo, y se movían con orden y eficacia, sin que se advirtiesen guardias de tráfico, sino sólo semáforos a los que todo el mundo obedecía. La Isla no era muy grande: la recorrimos de cabo a rabo, o al menos así creí, grupos de casas, parques, grandes avenidas, debía de vivirse bien allí, no cabía duda. La gente parecía tranquila y satisfecha. Repentinamente pregunté a Gina: «¿Y poetas? ¿No tienen ustedes poetas? ¿Qué hacen con ellos?» Se me había ocurrido que aquella perfección urbana, y la calidad de vida que revelaba, tenía que haber suscitado en alguna ocasión una protesta en verso, una

rebeldía lírica en nombre de la espontaneidad y del desorden. «No. Aquí no se sabe de nadie que escriba versos. Ni siquiera de esos que elogian al poder y al poderoso.» «¿Y si apareciera alguno?» «Supongo que lo mandarían a la Isla del Vicio.» Amenguó la velocidad y me miró. «¿No lo comprende? Cualquiera de esos poetas sería un elemento perturbador.» «Los hay que muestran talento.» «Aquí, la gente de talento tiene su lugar reservado y bien pagado. No compramos más cerebros que los indispensables.» Volví a imaginar: el drama de los adolescentes disconformes, constreñidos a utilizar su talento en la burocracia, o en el perfeccionamiento de barcos de guerra. «A veces, los poetas son incoercibles e inevitables. ¿No recuerda usted ninguno? ¿Ni siquiera un poeta nacional, de los que proclaman con entusiasmo la superioridad de su patria sobre las otras patrias?» «Eso es tan obvio que no hacen falta poetas.» «Sin embargo, no sabe usted lo que ayudan los versos de un poeta rebelde a descubrir, no sólo lo que se oculta a la simple vista, sino precisamente aquello que los gobernantes ignoran.» «Siento no poder ofrecérselo. Pero no olvide que, aquí, la rebeldía sería domesticada, porque se ejercería contra lo que hay en nombre de lo que no hay todavía. Me estoy refiriendo a un poeta acicate, con sueldo del Estado.» Habíamos llegado frente a una especie de promontorio encima de la mar. Habían edificado un pabellón entre árboles, delante del cual se alineaban como en una exposición bastantes automóviles de las mejores marcas y de los modelos más recientes. Gina me anunció que íbamos a tomar una copa. Descendimos del coche. El interior del pabellón era agradable y fresco, había mucha gente desparramada por las mesas y los rincones: gente de buen ver, hombres y mujeres que hablaban en voz baja; de vez en cuando sobresalía una risotada. Nos llevaron a una mesa situada en un altillo, al lado de un ventanal desde el que se veían los arsenales y la escuadra amarrada a los muelles: unos cuantos barcos que aparentemente no se distinguían de otros barcos de guerra, aunque una segunda inspección revelase novedades en el casco, en la obra muerta de los mástiles y puentes, o lo que había en su lugar. Gina pidió para mí algo fresco y fuerte, sin consultarme, y me trajeron un whisky con hielo. Bebí con cierta avidez, mientras ella paladeaba algo violeta que contenía el vaso, y

que sorbía por una pajita. Supuse que era un refresco, aunque también podía ser un cocktail. Empezó a explicarme lo que yo estaba viendo, y su explicación me hizo fijarme más en unos detalles que no me importaban, pues no creía que en ninguno de ellos pudiera estar la clave de la conspiración, en la que mi subconsciente no había dejado de entretenerse. En el caso de que la hubiese. Se lo pregunté. «Eso tiene que ser una fantasía de Su Excelencia. Siempre hay quien desea el poder.» «Entonces, ¿usted cree que se trata de un intento de sustituir un hombre por otro?» «Yo no creo nada ni sé nada, pero todo es posible.» «Dígame francamente: ¿usted cree que me han traído aquí por puro capricho?» Movió la cabeza. «Su venida ha sido estudiada y deliberada. Se le eligió entre varios posibles como el más apto. Es todo lo que puedo decir.» «Eso me lo explico: nadie esta mañana dio muestras de sorprenderse de mi presencia. Ni usted misma.» «No. Yo estaba enterada de su llegada y de que había recaído en mí la misión de acompañarle.» «Y de informarme, ¿no?» «También. Y ya lo hice… en parte. Mañana tengo que acompañarle a ciertas visitas. Y aun hoy… no hemos terminado. Hemos de tomar el té con alguien que le resultará interesante.» «¿Se da cuenta de que todavía no he hecho nada en relación con mi trabajo? Estoy como metido en la niebla.» «Pero la niebla acaba siempre por aclararse.»

CAPÍTULO IV

EL LUGAR donde íbamos a merendar con alguien era un chalecito escondido entre árboles, lejos de la mar, un lugar silencioso. Nos abrió un mozo de aspecto afeminado, a quien Gina no dio explicaciones: sin decir palabra nos llevó a una biblioteca penumbrosa en que los anaqueles más se adivinaban que se veían. En un rincón junto a una ventana, algo más iluminado por la luz que venía del jardín, había una mesa con mantel y tres servicios de té. El criado nos rogó que nos sentásemos, que el doctor vendría en seguida. Y el doctor, que era un viejecito mariquita con cara muy inteligente, me fue presentado como el profesor Martín, sin más, aunque luego pude colegir que era el decano perpetuo de la Facultad de Ciencias Políticas, en la Universidad. Me había dado tiempo de fisgar un poco los libros: todos eran de política y de historia, a lo que alcancé a ver. En otra inspección a que dio lugar la velada, descubrí una sección pornográfica, de lujo y muy nutrida.

El profesor Martín llevaba una peluca cara, de grandes guedejas blancas; quedaba al descubierto una ancha frente de pensador. Su piel era rosada y fina, aunque arrugada, y las manos, en que la vejez dejaba sus manchas, muy cuidadas. Siempre sentí ternura por estos viejos pederastas que luchan contra la vejez con más tenacidad que cualquier mujer hermosa. Es una lucha sin esperanza, pero también sin ese consuelo que lleva a las mujeres a rendirse y a aceptar la vejez sin grandes catástrofes morales. Los viejos mariquitas tardan más en resignarse. El profesor Martín se movía y hacía las mismas carantoñas que si tuviera cuarenta años y le esperase en la oscuridad de un armario el traje de volantes con que iba a gallinear aquella noche. Tenía la voz aflautada de tiple ligera, ilustraba la conversación con breves gorgoritos; su dicción, sin embargo, era culta, con un fondo de ironía. Comenzó por

preguntarme qué tal me hallaba, y no se tomó la molestia de esperar mi respuesta, sino que respondió por mí mismo en una larga perorata que duró hasta que el criado entró a decirle que le llamaban de palacio, y él acudió rápidamente, mientras se excusaba. Fue entonces, en aquel interregno, cuando inspeccioné los libros por segunda vez. Regresó compungido porque le llamaba el jefe del gobierno para una consulta inaplazable y había que interrumpir una velada tan grata. Estaba en las disculpas cuando entró el criado y dijo que el coche esperaba al profesor, y, en efecto, había entrado en el jardín un enorme coche negro con chófer y ayudante uniformados. Marchó el profesor, Gina y yo quedamos de pie, nos sonreímos y salimos en busca de nuestro carruaje, tan pequeño, casi escondido en un rincón.

Gina me dejó en el hotel hasta el día siguiente, a tal hora temprana en que había de recogerme para seguir el programa de visitas. Me encontré solo y fastidiado: me incomodaba sobre todo el hallarme allí con una finalidad que no se vislumbraba, sin el menor informe ni la menor pista: como si me hubieran arrojado en las Islas y me dijeran: arrégleselas como pueda. Lo único a que podía agarrarme, lo único real para mi propósito, era la muerte del camarero que nos había servido el café a Su Excelencia y a mí, y aun esto era ambiguo, pues lo mismo podía haber sido preparada por el dictador de las charreteras doradas que por alguien ajeno a su voluntad. Pasé el resto de la tarde dando vueltas en el magín a lo sucedido, y todo parecía natural, dentro de una programación aparentemente lógica. Me refugié en mi cuarto, me tendí en la cama y me puse a fumar, un cigarrillo tras otro. Por la ventana abierta entraban rumores lejanos, difícilmente identificables: las frondas del jardín filtraban los sonidos y hacían de ellos un rumor monótono, el que llegaba hasta mí. Escuchándolo pasé un buen rato. Decidí acostarme y dormir. Iba a cerrar las vidrieras, cuando por entre los barrotes del balcón apareció un casco de motociclista, y una voz que salía de su interior susurró: «Acérquese.» Lo hice. «De momento no corre usted peligro, pero sólo de momento. Le tendré prevenido.» Se deslizó hacia abajo y desapareció, sin atender un «¡Espere!» suplicante que apenas atiné a formular. Me quedé confuso en el balcón. Poco a poco me fui serenando. Finalmente,

cerré las vidrieras y me acosté…

CAPÍTULO V

GINA VINO, efectivamente, temprano. Traía el mismo coche y vestía un traje sastre, ligero, modelo seguramente italiano por lo bien que le iba a su estatura alta y delgada. «Vamos a la Isla Segunda: hoy nos toca ver los arsenales y visitar al jefe militar. Le supongo enterado de que es el hijo de Su Excelencia, el único hijo habido con su mujer, que es la que manda en la Isla Tercera; de esto también le supongo enterado, porque yo misma se lo expliqué. A la Isla Tercera iremos esta noche: póngase su traje de etiqueta si lo tiene, y, si no, un traje oscuro, severo. Son muy formalistas allá abajo. Yo también tendré que ponerme de tiros largos; ya verá usted qué guapa estoy. Y no olvide que almorzamos con el profesor Martín. Su mesa tiene fama de exquisita.» Atravesamos un puente y nos hallamos a la entrada de un establecimiento militar donde la guardia nos detuvo el tiempo necesario para que una llamada telefónica autorizase nuestra entrada. La Isla era llana y estaba bien cuidada: anclas antiguas, cañoncitos de bronce con sus cureñas relucientes decoraban el césped como en una base naval cualquiera de cualquier parte, si bien aquella explanada terminaba en unas fortificaciones ya inútiles, aunque decorativas. Lo que veía daba la impresión de no ser más que un rincón de algo más vasto y el rumor continuo de grúas y talleres, así como el ruido de aviones que llegaban o despegaban. Un pelotón de marineros hacía la instrucción en un camino lateral enarenado, y aquí y allí, en las pistas brillantes, gente joven hacía deporte. Gina me iba informando: «Éste es el Casino Obrero. Ése el Casino Militar para soldados y clases; aquel de allá es para oficiales y jefes.» Había mujeres bien vestidas y de aspecto saludable, con frecuencia hermosas, que jugaban al tenis o se sentaban en corro, junto a niños bulliciosos. Pasamos junto a una puerta imponente, cerrada. «Es la

del arsenal. Sólo con un permiso especial se puede entrar ahí.» Estuve por preguntar si teníamos ese permiso, pero, al pasar de largo, me callé. Habíamos entrado en una zona arbolada: detrás de algunos troncos se adivinaban detectores: imaginé que nuestro viaje se iba reflectando en una pantalla grande, ante la cual un observador pondría en funcionamiento las alarmas si nos apartábamos del camino previsto. Así llegamos frente a un edificio bajo y muy extendido, de apariencia sólida y líneas nobles, pero muy vistas. Había centinelas a la puerta, centinelas decorativos, que no se movieron a nuestro paso. Nos recibió una mujer vestida con uniforme de la marina, graduación de capitán de corbeta. Nos sonrió y nos saludó por nuestros nombres. «El general los recibirá en seguida. Está despachando una visita inesperada, pero urgente: una avería en un taller de electrónica.» Nos mandó sentar en unos sillones confortables, y esperamos un poco. La pared de aquella sala la cubrían interminables vitrinas en que se exhibían incontables batallones de soldados de todos los tiempos, y reproducciones a escala de las batallas navales más importantes, desde Salamina. Tuve tiempo de examinarlos.

El visitante debía de ser un ingeniero o un técnico de categoría; el general lo acompañó hasta la salida, se despidió de él muy afectuosamente y luego se acercó adonde nosotros esperábamos. Nos habíamos levantado. Gina me presentó; él nos echó los brazos por los hombros y nos empujó hacia su despacho —presidido, naturalmente, por los retratos de Su Excelencia—. Era un sujeto alto, vestido de una especie de mono sin insignias ni distintivos; únicamente las palas de sus hombros revelaban su categoría militar. Se movía con sobriedad y corrección, aunque también con algo de automatismo, o al menos de rigidez. Su rostro era inexpresivo, me sorprendió la indiferencia con que había mirado a Gina: no ya como a una mujer atractiva, sino que ni siquiera como a una subordinada, más bien como a un palo. Y cuando llamó a la mujer del uniforme de marino, que era bonita y de buena facha, tampoco la miró ni le habló como a una mujer. Pero no había en él nada de afeminado. ¿Quizá de neutro?

Tenía encima de la mesa, desplegados, unos planos de difícil comprensión, al menos sin explicación previa, y una miniatura de

un barco realizada en metal ligero y mate. A primera vista, no me pareció muy distinto de otros barcos conocidos, y estoy seguro de que un examen atento no me hubiera permitido descubrir grandes novedades. Sin embargo, comprendí inmediatamente que tanto los planos como la maqueta correspondían al nuevo arquetipo en que trabajaban los ingenieros y los arsenales. El general no nos mandó sentar: quedamos junto a la mesa de los planos, y allí ordenó a un marinero vestido con chupa blanca que nos sirviera bebidas. Cuando el marinero hubo salido, señaló los planos con una mano.

—Hoy es un día especialmente feliz: acabo de saber que, por fin, he logrado descubrir y fabricar el paraguas electrónico que protege los barcos de las bombas de aviación, que los hace enteramente invulnerables. Esto elimina de la guerra naval el arma de aviación y devuelve a los barcos el protagonismo en la batalla. Como es fácil de comprender, una novedad que altera enteramente la estrategia y que, de rechazo, nos convierte a nosotros en una potencia invencible.

—Luego —me atreví a decirle—, ¿no piensan ustedes vender este nuevo modelo?

—Por el contrario, mi querido amigo, lo venderemos apenas construido y probado. A decir verdad, casi están cerrados los tratos.

—En ese caso, un enemigo potencial dispondrá de las mismas armas que ustedes. Quiero decir, en el supuesto de que no construyan ustedes un barco más sofisticado todavía.

—Eso va siendo ya prácticamente difícil. El barco convencional está a punto de no dar más de sí, y toda vez que nosotros hemos devuelto la eficacia a un arma casi mandada retirar, como es la marina de guerra, no sería rentable ponerse ahora a inventar un barco construido sobre principios distintos y quizá con distintas finalidades. No. Si eso lo hacemos alguna vez, quedará como secreto de Estado del que sólo echaremos mano en caso de necesidad. Tenga usted en cuenta, sin embargo, y con esto respondo a su pregunta, que estos barcos cuyos secretos están en estos planos conservan su talón de Aquiles, voluntariamente buscado y mantenido: son invulnerables a las bombas de la aviación, pero no a las de nuestra aviación, fabricadas precisamente para herir a esta clase de barcos. Claro está que en caso de guerra, nosotros no

seremos jamás beligerantes, pero conviene tenerlo todo previsto. No es imposible que este paraguas electrónico del que hoy me siento tan orgulloso pueda adaptarse a la protección de la ciudad y del país entero. ¿Se da cuenta? Si yo comunicara el descubrimiento y lo vendiera, la guerra, en sus actuales términos, no sería posible. Pero si usted cuenta lo que acabo de descubrirle, no le creerá nadie, porque es increíble.

Fue entonces cuando reapareció el marinero con las bebidas y cuando el general, con un gesto, nos apartó de los planos y nos señaló un tresillo ancho y cómodo, pero todavía convencional. El marinero dejó las bebidas en la mesilla baja, delante de nosotros, y a un ademán del general, se retiró.

—Los ingleses —dijo el general— han inventado esta bebida fuerte para hacer frente a los temporales. Se llaman cocktails, rabos de gallo, que es como los marineros denominan a cierta forma de nubes que anuncian la tormenta. No sé si se han dado cuenta de que, hoy, el cielo está cubierto de rabos de gallo, lo cual quiere decir que pronto tronará.

Nos ofreció, a Gina y a mí, un vaso a cada uno, llenos de un líquido de color verdoso, con hielo dentro y una pajita para sorber. Él fue el primero en probarlo, y nos miró sonriente (si es que a aquella leve mueca podía llamársele sonrisa).

—Yo no necesito la guerra para mostrar mi poder. Ni es tan pequeño que quepa en este salón. —Se dirigió especialmente a mí —: Levántese, se lo ruego, y asómese a ese ventanal. El edificio grande y achaparrado que desde él se contempla es el verdadero centro de mi poder. Ahí se reúnen, por secciones, los cincuenta cerebros más agudos del mundo. ¿Sabe usted que la NASA depende de nosotros? Claro está que también nosotros dependemos de ellos, pero la iniciativa es nuestra. Si necesitamos una nueva aleación, ellos nos la proporcionan, pero se quedan con la fórmula, que usan en la construcción de sus naves espaciales. ¿Sabe usted que todos los planos se elaboran ahí? Ellos las construyen y dicen que las perfeccionan, pero esto último no es cierto. Cada nave lleva un dispositivo secreto que la mantiene en relación con nuestro centro de seguimiento, al que obedece si nosotros lo deseamos. Las naves espaciales son nuestro instrumento de advertencia más persuasivo:

si la NASA se retrasa en el envío de cualquier material solicitado, nosotros enviamos a su base el último cohete, o estorbamos indefinidamente un acoplamiento en el espacio. Ellos, entonces, saben lo que tienen que hacer. Usted se preguntará por qué no nos destruyen: pues porque sin nosotros tendrían que cerrar la tienda. Eso que usted ve ahí es el centro científico más importante del mundo. Vamos con diez años de adelanto sobre los demás.

—Pero todo eso resultará más caro de lo que pueda pagar un país pequeño como éste, por boyantes que sean sus finanzas.

—La pregunta no va mal encaminada, pero puedo responderle satisfactoriamente: los materiales, como acabo de decirle, los recibimos a cambio de planos que ellos reciben y usan como suyos. En cuanto al pago de los cerebros…

Aquí hizo una pausa, nos miró y esbozó aquello que sustituía a una sonrisa.

—… en cuanto a los cerebros, aquí tienen todo lo que desean, y más que quisieran podrían tener. —Volvió a muequear, esta vez con intención visiblemente sardónica—. Nada hay más fácil de contentar que un especialista en electrónica, o uno de esos que inventan cada día aleaciones nuevas. A unos se los satisface con automóviles lujosos, que lucen por Europa durante las vacaciones. Otros consumen cocaína, y yo se la proporciono. Hay un grupo que todas las noches se mete en el cine a ver películas porno, y todos ellos son sensibles a las mujeres: las traen, las llevan, las cambian, y yo los dejo hacer, porque cuando entre ellas se desliza una espía, mis servicios secretos la detectan y la anulan y acaba por marcharse. Hay dos o tres, digamos tres, los de la pipa, silenciosos y solitarios, siempre atentos a sus cálculos y a sus imaginaciones. Si lograran ponerse de acuerdo, podrían ser los dueños del mundo, pero, afortunadamente, se odian, y yo aprovecho su odio y me beneficio de él. Los sueldos que les pago no me arruinan. Por lo general, comen en el restaurante, salvo una minoría cuyas mujeres prefieren guisar en casa. Los hay ajedrecistas: pueden jugar lo que quieran, y ellos organizan unos campeonatos libremente; los hay deportistas, y en la Isla disponen de todo lo necesario para sus deportes: los hay aficionados a la vela, y yo poseo ejemplares de los mejores balandros del mundo. ¿Dónde podrían estar mejor? Sin

embargo, alguno se fue, y todos los que se fueron quisieron volver. Como no los admití, andan por el mundo denunciando ante las cancillerías la existencia de este centro de estudios, que lo es también de poder, pero las cancillerías fingen no creerlos porque no les conviene. Todo país es nuestro cliente potencial. En alguno del Tercer Mundo nos han denunciado, pero la denuncia fue recibida como una fantasía: los que no creen en la existencia de este centro están en lo cierto, y por eso se equivocan: no creen lo increíble, y nosotros lo somos. Pero, por esta vez, lo increíble es lo real.

Se levantó, después de apurar lo que le quedaba del cocktail. Quedó derecho, pero en su rostro no había soberbia, sino una especie de sencillez.

—Mi querido amigo —me dijo—, si yo fuera vanidoso, tendría motivos para creerme el hombre más poderoso del mundo, pero me contento con serlo de este país.

En aquel momento, se oyó el primer trueno de la tormenta anunciada. Llamó a un timbre, y al marinero que acudió le mandó cerrar las ventanas.

CAPÍTULO VI

LLOVÍA FUERTE y continuo, uno de esos chaparrones tormentosos que meten ruido y mojan. Golpeaban los goterones contra la leve carrocería del coche, y aumentaban el estruendo. Gina dijo que aún era temprano para la cita con el doctor Martín, y que podíamos refugiarnos en un barcito que ella conocía. Me llevó allí: no era lo esperado, al menos lo que yo esperaba, sino un bar como los que hay en todas partes, pequeño, recogido, íntimo y, cosa rara, sin retrato de Su Excelencia, al menos a la vista. Gina se había mojado la chaqueta: se la quitó y la puso a secar en el respaldo de alguna silla. ¿Cómo podía disimular sus pechos con las prendas exteriores, que la hacían parecer escurrida? Nos acodamos en la mesa de un rincón, alumbrada por una lámpara eléctrica de estilo marinero. La lámpara me hizo darme cuenta de que el estilo marinero predominaba en la decoración del bar, lo que me llevó a suponer que todavía estábamos en la Isla Segunda, bajo la jurisdicción del general. Se lo dije. Ella me respondió que no, que habíamos pasado los puentes, y que la casa del doctor Martín quedaba cerca. Añadió finalmente, señalando el local, que nos hallábamos en la Isla Tercera. Aquel bar era uno de los pocos negocios libres de la ciudad, en el caso dudoso de que alguno fuese libre. Su clientela no era de hombres de negocios, ni de funcionarios, sino de extravagantes y marginados. Me señaló un rincón opuesto al nuestro, donde tres hombres de chaqueta de pana y pipa en la boca hablaban en voz baja. «Ésos pudieran ser los que, según el general, se mantienen independientes.» «Pero el general nos dijo que se odiaban.» «Eso no quiere decir que no se reúnan alguna vez para tomar una cerveza juntos.»

Fue lo que pedimos, cerveza, al camarero que acudió cuando ya estábamos acomodados. Gina había caído en una especie de

mutismo soñador, que yo no veía cómo interrumpir. Fue ella la que lo hizo.

—¿Tiene usted alguna idea? Quiero decir si la visita al general le ha dado a usted alguna pista.

—Estoy bastante confuso. No sé, no puedo saber, si lo que el general nos ha dicho es verdad o mentira, aunque me incline a creer que ha dado por ciertos sus sueños. Una cosa es que mande como jefe en las fuerzas reales de este país, y otra esas relaciones inverosímiles con la NASA.

—Inverosímiles, pero no imposibles.

—El hecho de que lo sean es lo que me trae perplejo, pero, en todo caso, dispone de una fuerza real en la que manda sin intromisiones. No parece que su padre intervenga para nada en ellas. Pero siempre es posible que las pueda mover a favor de su padre. Y esto no lo ignoran quienes dirigen la conspiración, si existe. Cualquier cosa que se trame contra Su Excelencia tiene que contar, si no con la colaboración, al menos con la neutralidad del general. Él solo podría aplastar cualquier movimiento.

Había dejado de llover y se acercaba la hora de la cita. Por primera vez pude pagar el gasto sin que Gina intentase impedirlo. La ayudé a ponerse la chaqueta, que todavía estaba húmeda: al hacerlo, advertí la belleza de su cuello, que el cabello rubio recogido en un moño dejaba al descubierto. Los tres hombres del rincón parecían fumar sus pipas silenciosamente: ninguno de ellos volvió la cabeza cuando salimos. Gina dijo que no podían ser otros que los tres sabios rivales a que se había referido el general. «Pues no me parecen gentes que ambicionen gobernar el mundo.»

Gina se envolvió en una bufanda de seda que sacó del bolso, y me preguntó si no tenía frío. La tempestad, que se oía en retirada, había levantado un vientecillo fresco que me hizo sentirme confortablemente en el salón del doctor Martín, en uno de cuyos lados habían instalado una mesa con tres servicios: rutilante la plata, fina la vajilla, irisados los cristales con la luz escasa. El criado mariquita nos recibió vestido de tiros largos, como el criado de una película antigua. Al contemplarlo, tan pincho con su uniforme a la inglesa, me di cuenta de que todo aquel ambiente mostraba una elegancia anticuada, la de una época que se la llevó consigo y que

nosotros sólo hemos podido sustituir por el lujo. Gina no desentonaba; yo, sí.

Nos habíamos instalado en el tresillo, cómodo a pesar de su línea y quizá a causa de ella. Estaba todo en silencio, y por la ventana abierta —una ventana, no un ventanal— nos llegaba el rumor del vientecillo en los árboles del jardín. También se oía el goteo del agua retenida en las hojas. Yo lo escuchaba, y creí que Gina también. Se había recostado con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. ¿Sería capaz de entregarse al encanto del momento, le estaría al menos permitido? Me levanté y contemplé el jardín, tan anticuado y elegante como todo lo demás: bojes y mirtos recortados, árboles antiguos que seguramente estaban allí desde centurias y que el doctor Martín había aprovechado para construirse un mundo ya muerto, pero resucitado por él para refugio de sus particularidades. Los árboles eran tan grandes que no podían haber sido trasplantados: no así la taza del surtidor, traída seguramente de algún viejo claustro derruido, una taza de piedra labrada por manos antiguas. Me sacó de mis consideraciones la voz del doctor.

—Les he mandado preparar una comida según las reglas de la buena gastronomía. La gente, ahora, no sabe comer, ni da a la comida toda la importancia que tiene. En mi casa es todavía una ceremonia. ¿Cómo están ustedes?

Le dio la mano a Gina; después, a mí. Se había maquillado, y por debajo de los afeites le asomaban las arrugas. Venía vestido de oscuro, un traje de muy buen corte, concebido y cosido por un sastre de cuarenta años atrás.

—Mi cocinero todavía sabe preparar una sopa de tortuga apreciable, como la que se tomaba en los buenos tiempos, y en sus manos, el vulgar lenguado pierde todo rastro de vulgaridad. Finalmente, es un maestro en la preparación del pavo. Espero que ustedes queden contentos de sus habilidades.

Detrás había entrado el mariquita, con una gran bandeja de plata cargada de viandas.

—Les ofrezco, para el aperitivo, un oporto seco de excelente cosecha y razonable antigüedad. Lo guardo en mi bodega hace más de diez años, y lo considero uno de mis mejores tesoros. Pueden

ustedes ir picando hasta que la sopa esté a punto.

Había en la bandeja varias clases de aperitivos. Me sentí atraído por unas croquetas que resultaron exquisitas. El vino también estaba bueno, pero yo nunca fui un destacado catador.

El doctor Martín se había sentado frente a nosotros, en un sillón alto que no descomponía su figura. Mantenía en la mano derecha la copa del vino, y de vez en cuando bebía un sorbo después de haberlo mirado al trasluz.

—En el vino podemos tomar el ejemplo de la realidad. ¿Qué sería de nosotros si todos los vinos fueran iguales? Más o menos como si lo fuéramos los hombres. Pero la desigualdad humana es lo más evidente. Creo que la primera experiencia sorprendente de nuestra infancia, también la más acuciante y fértil, es la de que existen hombres feos y guapos, toscos y distinguidos, inteligentes y torpes, inofensivos y peligrosos. Después nos engañan convenciéndonos de que todos somos hijos de Dios y, por lo tanto, iguales. De ahí a la supresión de Dios y dejarlo todo en la igualdad, no hay más que un paso dialéctico. Pero la supresión de Dios es lo que hace patente nuestra desigualdad. La verdad es que no somos hermanos, y que si la naturaleza nos iguala en el nacimiento y en la muerte, lo que hay entre ellos contradice la afirmación. La tesis de la igualdad de los hombres es el arma de los mediocres para triunfar en el mundo y en la sociedad. ¿Hay algo más inmoral que esa convicción de que un hombre es un voto, y de que debe gobernar a los demás el elegido en las urnas? El resultado sería la supresión de los hombres superiores. Por eso, para defenderse, muchos intelectuales, sin puesto en la realidad, intentan perdurar, adhiriéndose a las tesis igualitarias. Pero de nada les sirve, porque siempre acaban eliminados. Los hombres inteligentes nunca deberíamos olvidar el caso de Sócrates: fue suprimido por la misma democracia que él alababa, y su muerte fue justa. Platón, más realista, concibió una república jerarquizada y es a Platón a quien tenemos que recurrir cuando la democracia destruye los valores. Suprimir a Dios, de acuerdo: Dios es el origen y la causa de todo mal, y no digamos el cristianismo, que nos propone aceptar que Dios murió por todos los hombres. ¿Habrá mayor escándalo contra la raza humana? El mendigo que puede decir al poderoso: ¡Dios

murió por mí igual que por ti!

Hizo una pausa en el discurso.

—Mire usted: el feudalismo intentó conciliar la igualdad con la diferencia y fracasó. Al final ganaron los ricos, porque igualdad y riqueza no pueden conciliarse.

Dejó la copa en la mesilla y sus dedos cogieron algo de uno de los varios platos del piscolabis. Lo que fuera, que yo no lo miré, lo engulló rápidamente y volvió a coger la copa. Gina le contemplaba atentamente; yo me mantenía un poco atrás, mi rostro en la penumbra.

—Las consecuencias políticas saltan a la vista. Hay gente que ha nacido para mandar, muy poca, y gente destinada a obedecer, los más. En el seno de estos últimos es donde se engendran las rebeldías, pero un Estado inteligente lo previene disimulando la explotación. Es lo que se ha dado en llamar justicia social, que consiste en que el trabajador contento de cómo está, se olvide de dónde está. Los trabajadores sienten siempre las mismas apetencias: pues hay que satisfacérselas. Antes aspiraban a una bicicleta; ahora, a un coche. Pues que lo tengan y se diviertan con él. Mantenerlos en un nivel de vida confortable no sólo contribuye a su contento, sino a su productividad: es económico aumentar su capacidad adquisitiva, que nos garantiza el consumo de los excedentes industriales. ¿Habrá algo más tranquilizador que verlos los domingos, con sus familias, invadir los lugares de recreo? Hay, sobre todo, que contentar a las mujeres. Las mujeres quieren trajes a la moda, y que a sus hijos no les falten los colegios, lo cual, por otra parte, siempre es conveniente, porque, por uno de esos caprichos de la naturaleza, siempre irracional, de parejas inferiores nacen hombres inteligentes y de carácter. No me importa confesarle que nos nutrimos de ellos, y que uno de los milagros de nuestra pedagogía es el rescatarlos e imbuirlos de la conciencia de superioridad que necesitan para ser de los nuestros. Con las madres no hay problema, porque las madres son felices si ven a los hijos en posiciones elevadas. El problema real nos lo plantean ellos, los hijos, con sus escrúpulos sentimentales. Puede usted creerme si le aseguro que una de nuestras grandes dificultades es la de curar a esos hombres de sentimentalismo. Lograr que se sientan hijos del

sistema y no de sus padres, que su amor y gratitud tengan el sistema como objeto. Pero lo conseguimos, y si aparece algún recalcitrante…

Aquí se interrumpió y nos miró. Primero a Gina, que no pestañeaba; luego a mí, que mantenía la cara en la penumbra.

—Comprendo que una de las cosas más difíciles de aceptar es la práctica de la muerte preventiva, derecho de la sociedad a suprimir a aquellos de sus miembros que por alguna razón resultan peligrosos. Esta idea del derecho de los superiores a dar muerte a los que estorban, sean inferiores o no, se deduce fácilmente de la supresión de Dios. Tenemos que pensar que un hombre, quienquiera que sea, es un accidente, ni más ni menos que una piedra o un insecto. Su existencia se justifica por su función. Si no sirve, ¿para qué se le va a mantener?

Gina permanecía como abstraída, como fascinada por el indudable encanto del doctor, cuya voz en apariencia mínima, se modulaba, subía y bajaba como la de un profesional del bel canto. Yo había escapado a la seducción picoteando las croquetas, bebiendo sorbitos de vino frío, buscándole las raíces al pensamiento del profesor: esto pertenece a Tal, esto es de Cual. El indudable cinismo de sus palabras se envolvía en los mejores recursos de la dicción, y se acompañaba de movimientos pausados de las manos, secuencias de movimiento lento que, de repente, terminaban en un ademán brusco, en una mano extendida y convincente.

—Hemos desterrado del vocabulario político el verbo matar. Matar supone un sinfín de referencias, todas ellas recargadas de moralidad. Para nosotros, matar no es un acto moral sino un acto de limpieza, libre de cualquier otra connotación. Aspiramos a librar nuestras conciencias de cualquier lastre ancestral, de cualquier temor heredado. Esperamos que la próxima generación de gobernantes se haya librado de prejuicios, y se atenga a los hechos. Nosotros procuramos aproximarnos todo lo posible a esa inconsciencia, y en la medida en que lo logramos, subsistimos. Yo puedo asegurarle a usted que mi conciencia está ya limpia, y creo que lo está también la de las grandes figuras del país. Su Excelencia ante todo, también su hijo, el general, y espero que el señor jefe del gobierno actúe también sin escrúpulos anticuados. Y no es que

hayamos renunciado a la moral, sino que intentamos sustituir la antigua, esa que hemos recibido y de la que tanto esfuerzo mental nos ha costado librarnos, por otra nueva, una moral más apoyada en la realidad de los hechos y en la urgencia de ciertas necesidades. Es posible que usted me entienda.

—Sí —le respondí—, le entiendo perfectamente.

—¿Y está de acuerdo conmigo?

—No puedo decir que en la totalidad de cuanto dijo, aunque sí en alguna parte. No olvide que yo vengo de un mundo en el que todavía subsisten, aunque sea como máscaras, las viejas estructuras mentales.

No sé qué me hubiera respondido el doctor Martín, porque en aquel momento el criado mariquita, tan elegante con su uniforme a la inglesa, le anunció que la sopa estaba servida. El doctor se levantó el primero, y se apartó para dejar paso a Gina. La colocó en el centro, él a su derecha, yo a la izquierda. La comida transcurrió hablando de arte. En el salón del doctor había descubierto ya algunas pinturas famosas robadas de famosos museos. Me sentí atraído por una madona italiana y no dejaba de mirarla. El doctor me dijo que procedía de la colección de Pierpont Morgan, que la había pagado muy cara y que no sentía el menor escrúpulo por tenerla allí. Por diversos caminos, sin embargo, nos apartamos del tema de los cuadros, y el profesor recayó en el más oportuno del pensamiento político. Dijo que la gente no necesitaba pensar, dijo que era peligroso que la gente pensase por su cuenta, dijo que había que darle a la gente un pensamiento satisfactorio, dijo que principalmente convenía que la gente creyera que pensaba por sí misma. Había dos diarios en las Islas. Opuestos en su expresión, aunque partiesen de los mismos principios y llegasen a las mismas conclusiones. La gente seguía al uno y al otro, y así creía elegir libremente su modo de pensar.

—Y esto sostiene al Estado, y yo soy el artífice del pensamiento y del sistema. Sin mí, el Estado se desmoronaría. La gente necesita creer que piensa…

CAPÍTULO VII

NO ME PREGUNTÓ GINA, camino del hotel, si creía al doctor capaz de encabezar o de dirigir una conspiración contra Su Excelencia; menos aún hizo el menor comentario sobre cuanto nos había dicho. Aparentemente al menos, lo aceptaba como la forma de adhesión corriente en aquel mundo de las Islas, de las cuales, la Tercera, la Isla del Vicio, habíamos de visitar oficialmente aquella noche. Para entrar en el Casino había que vestirse de etiqueta, y yo no la tenía. Me hizo recordar mis medidas, y a media tarde recibí un paquete con un frac que me sentaba bastante bien. Vino a buscarme a la caída de la tarde; se había puesto un traje de lamé de plata, con un abrigo tres cuartos y chaqueta de lo mismo, un conjunto que le sentaba bien y realzaba su figura. También se había cambiado el peinado: ahora, el cabello rubio le caía por los hombros, y en algún lugar de la maraña medio se escondía un adorno también plateado, pero con algo de rojo. Llevaba un bolso diminuto, aunque más que suficiente para contener los utensilios de maquillaje que las mujeres llevan consigo cuando salen de noche. Una vez que lo toqué, lo hallé duro, y no sé por qué se me ocurrió que Gina llevaba en él una pistola. La mía estaba en su sitio, y no la retiré ni la dejé en la mesa de noche pensando absurdamente que acaso en la Isla del Vicio me fuera necesaria. Me había hecho una idea melodramática del lugar adonde íbamos; por eso probablemente me sorprendió ver la Isla Tercera tan limpia, tan ordenada y rigurosa como las otras dos. La gente que vimos por la calle parecía normal: si acaso me dejé sorprender por el hecho de ver a nuestro lado, caminando cogidos, una pareja de amantes amartelados, o gentes que transcurrieron a nuestro lado en algún momento en que el coche tuvo que detenerse: las hallé normales, quiero decir más conformes con mi idea de la normalidad, que, por supuesto, no era aplicable a aquellos lugares.

Había caído ya la noche. Estaba fresca, y yo me hallaba escasamente confortable dentro de mi frac; pero toda incomodidad desapareció cuando entramos en el Casino, después de ciertos trámites de identificación y cambio de moneda. Yo llevaba en los bolsillos una cantidad en fichas; Gina se había conformado con uno solo de aquellos cuadriláteros de plástico en que figuraba una cifra en números rojos. No había visto la cuantía.

Deambulamos un rato entre las mesas de ruleta y las de bacarrá, nos sentamos en un rincón confortable a tomar el aperitivo, cenamos en un comedor pequeño, íntimo, alumbrado a media luz. Nada de cuanto había visto difería gran cosa de sus similares en el mundo del que yo venía, como si aquel Casino estuviera concebido como los demás casinos del mundo. Le pregunté a Gina por el programa: me respondió que teníamos el tiempo libre hasta la medianoche, en que nos recibiría la directora del Casino, esposa de Su Excelencia y máxima autoridad en la Isla Tercera. En vista de lo cual ocupé un asiento libre en una mesa de ruleta. Comencé ganando, gané una cantidad elevada. Gina se me acercó y me dijo que me retirase. Le respondí que daba igual perder aquel dinero en aquella mesa o en la del bacarrá, donde seguramente me esperaban. Comencé a perder, perdí lo ganado y algo de mi dinero. Después cambió la racha, y cuando ya había recobrado lo mío, volvió Gina y me dijo que nos esperaban. Dejé mi asiento con muy poco dinero de menos en el bolsillo.

Nos condujeron a una habitación pequeña y cargada de humo, que no me parecía de tabaco, al menos del usual. El lujo de su decoración estaba templado por el buen gusto. En un sofá nos esperaba la directora del Casino, de traje largo muy escotado: una muchachita, demasiado joven y de rostro muy gastado ya, se recostaba amorosamente sobre su hombro. La directora del Casino fumaba, y delante de ella, encima de la mesa baja, había bebidas. Nos mandó sentar a nuestro aire: yo lo hice frente a ella; Gina, un poco detrás de mí. Las primeras palabras fueron un comentario acerca de mi suerte en el juego; la directora estaba perfectamente informada. Me dijo que me había portado correctamente al permanecer en mi asiento hasta perder lo ganado. «Eso es señal de desinterés, y de haberse dado cuenta de que, al invitarlo aquí, no

fue con el propósito de hacerlo millonario. Hubiera sido un rasgo lamentable de nuestra parte. Queremos que se sienta usted libre, y no con mala conciencia. Hay un sentimiento más penoso que el del que ha robado, y es el de quien se siente comprado. Usted puede estar tranquilo. Ni siquiera se resarció enteramente de sus pérdidas; aquel de su dinero que queda aquí puede considerarlo como pago de la cena y de cuanto aquí consuma. Nadie le pasará la cuenta.» No había nada de extraordinario ni de sospechoso en la voz de la directora, cuyo tono, cuyos modales eran los de una mujer de negocios cualquiera. La jovencita que se recostaba en su hombro tenía los ojos cerrados, y la directora, de vez en cuando, la acariciaba pero tampoco demasiado ostensiblemente. En un momento de la conversación, la jovencita se levantó y se fue, sin decir nada, sin saludar. La directora no hizo más que enderezar la postura. De repente, y sin transición, se dirigió a mí:

—Le estoy muy agradecida de que se haya decidido a tomar a su cargo el caso de mi marido. Y no me importa confesarle que mi opinión fue decisiva. De todos los que aquí opinan y tienen poder decisorio, sólo a mí habían llegado noticias de usted, y fue necesario que exhibiese todo su historial para que se acordara contratarle. Estoy segura de que usted, en poco tiempo, sacará a luz esa increíble trama secreta que tiene a mi marido como objeto. Es una trama difícil de comprender, porque todos los que habitamos en las Islas tenemos motivos de agradecimiento hacia él. Quizá usted se pregunte por qué, siendo así, vivo apartada de él.

Le respondí que todavía no había llegado el momento de hacer preguntas, que, de momento, sólo me las hacía a mí mismo.

—Pues no tengo inconveniente en responderle a lo que aún no me ha preguntado, por si se lo ha hecho ya a sí mismo. Yo no vivo con mi marido porque no soy capaz de resistir su grandeza. Por la misma causa, tampoco vivo con mi hijo. Yo soy una mujer corriente, y lo excepcional llega un momento que abruma, que se hace insoportable. Una mujer como yo está hecha para admirar a un hombre, pero no tanto ni desde tan cerca. Imagínese usted el trabajo doblado, al descubrir por síntomas, en un principio casi imperceptibles, que también ese hijo que una va criando es admirable en medida extraordinaria. Un corazón de mujer está

hecho para amar, pero no para admirar en tal medida y por partida doble. Vivir al lado de un gran hombre, ser la madre de otro, no engrandece, como sería de esperar, sino que la va empequeñeciendo a una hasta anularle todo lo que de bueno y positivo podría haber en mí. Usted no sabe lo que es sentirse atada por normas jamás escritas ni proclamadas que una siente emanar de los hombres excepcionales. Se siente de tal manera su grandeza, que es imposible amarlos, porque la capacidad de amar es incompatible con de admirar. Yo admiro a mi marido y a mi hijo, y me siento en disposición de servirlos sin que sea necesario amarlos. No sé si entenderá usted lo que le digo, porque, conforme lo digo, me doy cuenta de que es complicado. Se puede resumir diciendo que estoy donde estoy y que hago lo que hago por sentido del deber y por estar convencida de que nadie podrá hacerlo mejor que yo. Visto desde fuera, podrá parecer tarea fácil o, por lo menos, no excepcional, dirigir este Casino, gobernar esta Isla que acoge a todos los descarriados, fíjese usted, evitar que no se descarríen más, que lo hagan hasta el punto de resultar peligrosos. Es una tarea difícil y delicada. A veces, alguno se desmanda, y entonces tengo que recurrir a las instituciones del Estado.

En las Islas Extraordinarias no había cárcel, que yo supiese. Imaginé la clase de socorro que las instituciones podían prestar a aquella mujer cuando alguien se le desmandaba.

—Por lo demás, no puedo quejarme. Este Casino, en el que ahora mismo puede usted ver mucha gente procedente del mundo de los negocios, gente que vive en la Isla Primera y son buenos ciudadanos, si usted se pregunta por qué vienen aquí y dejan su dinero, ellos le responderán quizá que por experimentar una emoción distinta. Yo le aseguro que vienen a cumplir un acto de justicia, vienen a reintegrar al Estado el exceso de sus ganancias. Los hay, además, que necesitan otra clase de expansiones, mal vistas allá: los maridos cansados de sus esposas, los varones hartos de las hembras, pero también los que necesitan equilibrar su conciencia con una transgresión, o simplemente librarse de ese rinconcito podrido que los mantiene inquietos. ¿Cuántas mujeres decentes esperan la ocasión de un adulterio secreto para mantener en sosiego su casa? Aquí hallan todos lo que necesitan. En cuanto a

los demás… si usted los interroga, le dirán que son felices, porque tienen un trabajo que los justifica y del que depende la continuidad de su vida tal y como se la han planteado al elegir esta Isla: los que aman, tiempo para amar, y los que buscan la felicidad en otra clase de paraísos, esos que ustedes llaman artificiales, porque tienen garantizado su rinconcito en ellos. No hay delincuentes ni vagos, no hay rebeldes ni descontentos. A pesar de eso, hay suciedad, ya lo creo que la hay, y, en cierto modo, esta Isla Tercera se debe considerar como una letrina o, más bien, como la letrina. Pero ¿conoce usted alguna ciudad que pueda prescindir del alcantarillado? Lo que yo hago es mantenerla en orden y en funcionamiento, sin que ningún miasma salga a la superficie en las otras Islas. Pero no hay nada tan pacífico como el estiércol. Le aseguro que la conspiración contra mi marido no nació aquí, ni aquí tiene seguidores. Y aunque los tuviera…

Hizo un gesto indefinido, movió la mano como en espiral ascendente.

—Bueno. Ya he dicho cuanto tenía que decirle. Puede usted, si quiere, preguntar.

—¿Y por qué he de hacerlo?

—¿No es su oficio? ¿No es, en este caso, su obligación?

Me sentí incómodo. Miré a Gina, quizá en busca de ayuda, pero Gina miraba a otra parte.

—Ninguna de las personas importantes con las que he hablado hasta ahora, mejor dicho, a las que he escuchado, me hicieron esa oferta, y le aseguro que ninguna de ellas fue tan sincera como usted…

—¿Se refiere a mi hijo y al profesor Martín? ¿O ha hablado también, o escuchado, como usted dice, al jefe del gobierno?

Moví la cabeza.

—No, a este último no lo escuché todavía.

Aquí intervino Gina.

—La entrevista con el señor jefe del gobierno está señalada para mañana a las doce.

—Hallará usted lo mismo: un funcionario satisfecho de su cargo y contento de su eficacia y de su lealtad. Espero que entonces comprenda que ninguna de las personas que ejercen algún poder en

el país puede tener razones para conspirar contra mi marido. Su caída significaría la nuestra.

—Entonces, ¿dónde he de buscar? ¿Y por qué, sin yo pedirlo, he tenido que escuchar sus declaraciones? Tengo la sensación de haber sido gobernado y llevado adonde otros quisieron que fuese. Yo no pedí ni pensé jamás entrevistarme con ninguno de ustedes.

—Sin embargo, en su trabajo hasta ahora hay cierta lógica.

—La de quien lo ha planeado, sin duda, no la mía.

—¿Usted qué hubiera hecho?

—No lo sé aún. No lo supe en ningún momento desde que estoy aquí. Y carezco de datos que me permitan imaginar una hipótesis.

—Todos carecemos de datos. Sin embargo, sabemos que algo oculto se mueve. Acaso sea menester ser ciudadano de las Islas para percibirlo y que a usted se le escape porque viene de fuera. Es muy posible que cuando lleve usted aquí unos días más, respire el mismo aire de conspiración que nosotros respiramos. Si usted interroga a cualquiera de los clientes del Casino, incluso a sus servidores, todos le dirán lo mismo: algo raro sucede, o está a punto de suceder. Y todos ellos carecen de datos, igual que yo. Es algo que está en el aire…

Tenía la sensación de que todo aquel monólogo era inútil; de que ella lo había iniciado, o por no saber cómo despedirme, una vez que la había escuchado, o para deshacer la impresión de perorata aprendida que me causaron sus palabras y que a ella no podía haberle pasado inadvertida. Aproveché la ocasión, y divagué durante unos minutos sobre aquella atmósfera amenazadora a que ella se refería, y al terminar le dije a Gina que me gustaría dar otra vuelta por los salones de juego. La directora del Casino se levantó en el momento en que regresaba la jovencita que había reposado en su hombro. No nos la presentó: se dejó coger por la cintura y le dio un beso en la mejilla. Gina me había cogido de la mano y tiraba suavemente de mí. Cuando estuvimos fuera de aquella salita donde la directora quedaba dejándose abrazar por una muchachita ambigua, Gina me dijo:

—No sé si decirle que estuvo usted bien o que estuvo mal.

—Yo más bien pienso que he dicho lo que se esperaba que dijese.

—¿Y es cierto que no tiene usted ni una sola idea, que no sabe todavía qué terreno pisa y para qué?

De repente, sentí desconfianza hacia Gina. Me pareció que ella y no otra persona era la encargada de conducirme por donde alguien quería que fuese, y que las palabras que le dijese sería como soplárselo al oído al ser oculto que dirigía aquel cotarro, si es que ese ser existía como yo empezaba a temer, y no era ninguno de los hasta entonces escuchados. Sin embargo, lo que podía responder a Gina coincidía con la verdad.

—Sí, es cierto. Camino entre sombras, y conforme avanzo, me siento más a oscuras. Las palabras del general parecieron darme alguna pista, pero estaba equivocado. No sé dónde estoy ni adonde voy.

Gina se echó a reír y me cogió del brazo.

—De momento, está usted conmigo. ¿Le parece que juguemos, o prefiere que nos vayamos ya?

Tenía la misma ficha de juego que le habían dado a la entrada. La seguí, nos sentamos a una mesa de ruleta, volví a ganar, volví a perder. Gina, que jugaba con prudencia, ganó una pequeña cantidad. Cambió las ganancias en la caja, y en aquel momento sonaron unos timbres, insistentemente. La gente empezó a levantarse, y nosotros la seguimos hasta una sala donde había un escenario. Nos acomodamos. El espectáculo consistió en un

can-can

bailado por unas señoritas que se fueron desvistiendo hasta quedar desnudas. Bajó el telón, alguna gente salió. Gina me retuvo en el asiento. Se alzó de nuevo el telón, salieron unos boys vestidos de frac y bailaron. Comenzaron también a desvestirse, y, cuando ya nada más que les faltaba por quitarse una especie de bragas, Gina y yo nos fuimos y, sin apenas hablar, me llevó al hotel. Se despidió anunciándome la hora en que vendría a recogerme al día siguiente.

CAPÍTULO VIII

LA CITA con el jefe del gobierno era al mediodía. Gina, sin embargo, apareció mucho antes, cuando yo estaba acabando de desayunar. Se sentó conmigo, pidió un café solo y me dijo que, puesto que nos sobraba el tiempo, había decidido que fuéramos a dar un paseo, de tal manera que yo conociese un poco mejor las Islas. Venía vestida con su traje de funcionaría, escueto y ceñido, que le marcaba las caderas. Me sorprendió verla fumar tabaco como el mío, una vez bebido el café: no lo había hecho hasta entonces. Sacó de la cartera una petaquita dorada, y de ella, dos cigarrillos. Uno lo dejó a mi lado. El otro lo encendió ella, y no hizo ningún comentario. Salimos. El coche de Gina esperaba al pie de la escalinata del hotel. Entró la primera y me abrió la puerta a su lado.

—No sé si usted pensará lo contrario, pero para mi gusto, la más bella, la más interesante de las Islas es la Primera. Le voy a llevar a usted fuera de la ciudad. Tenemos tiempo de dar un buen paseo por los bosques.

Primero fuimos, a buena velocidad, por la gran avenida. Luego se desvió y empezamos a meternos por una zona desconocida: bosques y praderas, mansiones de lujo con jardines, mansiones que por sus puertas de hierro afiligranadas nos remitían a bastantes años atrás. Se lo hice notar a Gina.

—Sí. Son restos del pasado que por su calidad no convenía destruir. En esta Isla, antes del Nuevo Estado, vivía la gente rica. Tenían casas en la ciudad, pero vivían preferentemente en el campo. No olvide que, durante más de un siglo, el país vivió bajo la influencia inglesa. Los ingleses protegían, o más bien garantizaban, nuestra independencia pero se llevaban la mayor parte de nuestras ganancias, porque las Islas tenían entonces los mismos ingresos que ahora y de la misma naturaleza. El Foreign Office nunca confesaría

que, al protegernos a nosotros, lo que protegía en realidad eran los intereses de ciertas sociedades poco limpias. En las Islas había miseria y grandes desigualdades sociales. Contra todo esto se levantó la Gran Revolución, hace ya bastante tiempo, yo aún no había nacido. Los que entonces mandaban en el país, los propietarios de esas mansiones, huyeron o emigraron. Sus bienes pasaron a ser patrimonio del Estado, y el Estado Nuevo los aprovecha en beneficio de los ciudadanos. En todos los que acabamos de ver hay alguna institución benéfica, alguna escuela especial, incluso algún orfanato. Pero todo está disimulado, a fin de que esos edificios tan hermosos cumplan su función decorativa lo mismo que cuando fueron construidos. Si tuviéramos tiempo, entraríamos en alguno de ellos: vería usted como en todos se ha respetado cualquier detalle que contribuya a la conservación del ambiente, lo cual, además, permite a los alumnos y a los huérfanos librarse de esa atmósfera abstracta, casi de cárcel, casi de hospital, que caracteriza en el mundo de ustedes las instituciones similares.

Íbamos contorneando una enorme muralla, y nos detuvimos ante un portal mayor y de hierros más barrocos que los que hasta entonces habíamos visto.

—Aquí sí que vamos a detenernos. Tenemos tiempo, y pienso que le interesará lo que voy a mostrarle.

Nos metimos por una vereda ancha, entre árboles antiguos y copudos, que nos llevó a una explanada con jardines bajos y veredas asfaltadas. Al fondo, se levantaba un gran edificio, de traza victoriana, pero más ligero y gracioso, donde el arquitecto había paliado la pesadez de la magnitud con ornamentos entrantes y salientes, de modo que la fachada resultaba movida y grata de mirar. Gina detuvo el coche ante una puerta, y esperó a que yo me apease. Me cogió del brazo y entramos en el edificio. Su planta baja, a lo que parecía, era un conjunto de salones donde había mesas de billar, de
ping-pong
y de otros juegos. Había gente joven jugando, pero, lo advertí antes de que Gina lo señalase, no se mezclaban las chicas con los chicos, no jugaban emparejados. Gina me indicó, además, que me fijase en ellos: todos eran morenos y se parecían entre sí. Me recordaron las

facciones de Su Excelencia.

—Son sus hijos, ¿verdad?

—Pero no todos, ni siquiera los más. A los hijos de Su Excelencia les tiran las armas. Hay algunos que ya son oficiales del Ejército y de la Armada; otros lo serán pronto. Éstos son los que han mostrado más afición a la vida civil.

—¿Y ellas?

—Estudiantes de la Universidad, que está por aquí cerca, detrás de ese bosque. Los hemos juntado para hacer un experimento: las generaciones anteriores, por ejemplo la mía, se casan de acuerdo con la complementariedad de nuestras fichas biológicas; pero esto, hasta ahora, no dio el resultado que se esperaba. Hemos pensado en volver de nuevo a las combinaciones azarosas, y se empezó por los hijos solteros de Su Excelencia y por un grupo de muchachas escogidas. Se preguntará usted por qué permanecen separados, chicos con chicos y chicas con chicas: es que todavía no han superado los prejuicios que les inculcó su educación. Hace falta que pase algún tiempo, que se vean diariamente, que se comuniquen, hasta que salte entre ellos la atracción sexual, eso que en el mundo de ustedes llaman todavía amor. El experimento es de la mayor importancia, pues, entre otras cosas, carecemos todavía de un sucesor para Su Excelencia. Se ha estudiado cuidadosamente su biografía, y esperamos que alguno de sus hijos dé muestras de ambición política para tratar de reproducirla en la medida de lo posible, que nunca será mucho, porque las condiciones han cambiado.

—Tenía entendido que, con ese grupo de varones hijos de Su Excelencia, pensaban ustedes constituir una clase política homogénea.

—Más bien una aristocracia, pero las previsiones de los biólogos no se han cumplido. Además, Su Excelencia va dando muestras, desde hace algún tiempo, de cansancio sexual: eso se deduce, al menos, de las declaraciones de las doncellas que han tenido acceso a él en el último semestre, las cuales no todas quedaron embarazadas.

Los salones eran luminosos, y desde el rincón en que nos habíamos sentado, se podían contemplar los cuerpos jóvenes y

ágiles entregados al juego. Todos eran hermosos, todos vestían bien, pero cuando alguno de ellos se tropezaba con alguna de ellas, procuraban esquivar cualquier roce. Se lo hice notar a Gina.

—Sí. Nuestra pedagogía es demasiado eficaz. Habrá que introducir algún elemento con el que no se había contado, quizá algunas películas de las que ustedes hacen sobre temas de amor. Algo que los incite, alguna forma de descubrirles la realidad de la atracción, que indudablemente sienten, pero que no entienden y cuyas voces no escuchan.

Miró el reloj.

—Va siendo hora. No estamos muy lejos, pero el jefe del gobierno es muy mirado en eso de la puntualidad. Siente una especial sobreestima por sus minutos.

La última frase venía, sin duda, cargada de ironía. Al menos así la interpreté yo. Salimos de aquellos salones, donde unos jóvenes destinados los unos a los otros se daban la espalda y se pedían perdón si no habían podido evitar un tropezón o un roce. Desanduvimos el camino hasta la ciudad; yo llevaba conmigo la impresión de unos bellos campos y unos bellos edificios, pero lo que Gina me había dicho acerca de su uso y de sus habitantes me desasosegaba. Llegamos frente a una edificación gris y fuerte: todas las líneas afirmaban el poder que mostraban. Gina habló con un guardia: nos dejaron pasar. Todavía nos detuvieron dos veces más: Gina llevaba en sus palabras, no sé si también en algún papel, el *sésamo ábrete* de aquel laberinto donde mucha gente iba y venía, apresurados e indiferentes, todos con una señal de identificación en un lugar visible de la vestimenta. Señales similares nos dieron también a nosotros. Subimos una gran escalinata, en cuyos rellanos soldados de la guardia armados nos veían pasar, inmóviles como estatuas. Llegué a pensar que lo fueran.

Nos esperaba, allá en lo alto, una secretaria.

—El jefe del gobierno los espera —dijo, dirigiéndose a mí. Luego miró a Gina y añadió—: Ya estaba informada de que ustedes habían llegado.

—Veo que funcionan los teléfonos —respondió Gina; y pasó delante, en una dirección que ella conocía y que la secretaria no se molestó en señalarnos. La puerta del despacho era alta, imponente,

de buenas maderas pesadas con herrajes de bronce y otras lindezas. La secretaria la abrió y entró delante de nosotros. Quedamos en una especie de antedespacho, demasiado grande, demasiado grandioso. La secretaria, sin decir palabra, nos indicó un lugar.

—No creo que tengan que esperar.

Entró por una puertecilla, lo único, en aquel espacio sin medida, de tamaño natural, una puerta proporcionada a la figura humana. Salió en seguida, mantuvo la puertecilla abierta. Gina se adelantó; yo la seguí.

El despacho del jefe del gobierno era más desmesurado todavía, de un lujo discreto a primera vista, pero pronto se descubría la profusión de mármoles y bronces. El jefe del gobierno era un hombre de media estatura, casi cuadrado, en todo caso recio. Gran cabeza, de cabellos escasos y grandes entradas laterales, que le dejaban en punta sobre la frente (sobre lo que ahora era frente y había sido cráneo) una especie de avanzadilla como una flecha o un indicador. Antes de verle a él, vi su chaqué colgado en una silla. Él nos esperaba en mangas de camisa, con chaleco de un blanco amarillento y corbata de plastrón. No nos saludó; se limitó a excusarse de su atuendo.

—Les pido perdón por recibirlos así, pero dentro de media hora Su Excelencia inaugura un puente y tengo que asistir a la ceremonia. Todo el mundo irá de uniforme, pero yo, con este chaqué anticuado, quiero insistir en mi condición de ciudadano civil. ¿Quieren ustedes sentarse?

Nos indicó un sofá. Gina y yo nos sentamos en él. El jefe del gobierno ocupó un sillón lateral, un si es no es más alto.

—Tengo para ustedes media hora escasa. Tenemos que ser sobrios y rápidos. ¿Quiere usted preguntarme, o prefiere que hable yo?

—Yo, señor, no me atrevo a preguntar… todavía. En realidad estoy tomando tierra, y si piensa usted interrogarme acerca de mis averiguaciones, no lo haga. No sé absolutamente nada.

—Ni lo sabrá, aunque interrogue a todos los ciudadanos de las Islas. Por mi cargo, yo debería tener, a lo menos, barruntos de esa supuesta conspiración que le trajo a usted aquí. Me han dicho que está en el aire, que se respira, pero el aire, por sí solo, no constituye

una pista, ni siquiera un punto de partida. En realidad, yo debería informarle a usted, proporcionarle una base de investigación. No puedo hacer nada. Y se lo digo con dolor, pues tengo que admitir que en las Islas alguien, no sé quién, posee una información mejor que la mía… Eso me hace pensar que algo no funciona, lo cual, en cierto modo, me humilla. Tenga usted en cuenta que yo soy el hombre fuerte del sistema. El Estado funciona porque yo lo hago funcionar, y todos sus resortes están en mis manos. ¿Cómo los servicios secretos no me han informado? Pues le diré por qué; porque no hay nada de que me puedan informar, como no sea eso del aire.

Dejó de mirarme; dejó que su mirada resbalase por los objetos cercanos, hasta perderse en los árboles del jardín, que asomaban a través de un ventanal.

—Hay que pensar en los sueños —dijo luego con voz cambiada—. No hay duda de que nuestro Estado es perfecto, es una obra maestra de la razón. Pero en la realidad hay cosas que se nos escapan. La conducta de la gente no es racional. —Señaló un montón de papeles en una mesa próxima—. Ahí tengo los informes de lo que pasa por el mundo, todo al revés de nuestras previsiones. Si la gente fuera racional, la situación del mundo sería distinta. Bien. En otros países, lo irracional se manifiesta en actos, guerras, invasiones, catástrofes provocadas. Aquí, entre nosotros, no hay ocasión para esas salidas. La gente, entonces, sueña, y los sueños, a veces, se materializan. Yo no digo que no haya gente que sueña con una conspiración; lo que digo es que, hasta ahora, no ha pasado de los sueños. De todas maneras, sería conveniente que hablase usted con Su Excelencia. Ya sé que se han entrevistado alguna vez, y lo que sucedió. Sería interesante que volvieran ustedes a hablar, y que usted llevase el timón de la charla. No es imposible que Su Excelencia sepa algo que yo ignoro: él tiene sus propios servicios, más perfectos quizá que los míos…

Volvió a dejar la mirada vagante, y volvió a cambiarle el tono de la voz.

—Sí, más perfectos que los míos, pero gracias a mí. Todo lo que se mantiene de pie en el país, todo lo que funciona, es gracias a mí. Cuando los demás duermen, yo velo, inclinado sobre los papeles de

esa mesa. —Señaló con un gesto la mayor de todas—. Un Estado perfecto necesita de alguien que represente los momentos sublimes y de alguien que trabaje. Yo trabajo, aquí, en silencio. Ya se lo dije antes: soy el hombre fuerte y el Estado funciona por mí.

Se levantó de repente.

—Ustedes pueden arreglar, señorita, la entrevista del señor con Su Excelencia. ¿Por qué esperar? Puede ser esta misma noche. Si no mienten mis informes, Su Excelencia tiene una hora libre, u hora y media. Justo después de cenar y antes de… —Se volvió hacia Gina —. Hoy le toca doncella, ¿verdad?

Gina afirmó con la cabeza.

El jefe del gobierno se dirigió a la silla que soportaba su chaqué y lo cogió. Gina y yo, simultáneamente, corrimos a ayudarle. Llegó antes Gina.

—Si desean ustedes asistir a la ceremonia, mi secretaria les dará las invitaciones.

CAPÍTULO IX

EL ESCENARIO no me causó sorpresa: lo había visto muchas veces, en fotografías y en el cine. La única variación eran los símbolos pintados en las banderas. No faltaban las grandes flámulas, que la brisa movía, ni la profusión vegetal, que daba al ámbito un aspecto un tanto selvático, que remitía a algún mito prehistórico, aunque falso. Habían instalado la tribuna a la mitad del puente que se iba a inaugurar, y quedaba delante un espacio ancho, como para que desfilasen los batallones de ocho en fondo. Pero los batallones eran más bien escasos: apenas dos centenares de hombres con uniformes llamativos y un poco ridículos, y otras dos o tres centenas de marineros con ropa de desembarco. El resto, según me explicó Gina, eran las milicias civiles uniformadas de oscuro, bien armadas y bien disciplinadas. Era el pueblo militarizado, y lo mismo había en ellas obreros de la Isla Segunda que comerciantes y gente de negocios de la Primera: a todos se les notaba esa satisfacción de los tenderos cuando visten uniforme. Los jefes debían de ser ciertos señores muy puestos en situación, también uniformados, aunque con insignias y distintivos muy rutilantes y visibles; éstos andaban, al parecer, muy ajetreados, subiendo y bajando a la tribuna, donde los invitados de honor ocupaban, inmóviles, sus puestos. Quedaba en el centro un espacio vacío, reservado, seguramente, para Su Excelencia, quien llegó en coche descubierto, escoltado por una caballería con algo de napoleónico, si no eran las armas. Se agruparon los capitostes junto a la puerta del coche, que se detuvo con toda precisión ante una alfombrilla roja que conducía a la tribuna: por ella pasó Su Excelencia, saludando militarmente. Llevaba el uniforme que yo ya conocía, aunque con la guerrera puesta, el pecho cubierto de cruces y medallas. Cuando asomaba entre las nubes un poco de sol, le relucían las charreteras. Pasó entre los aplausos y ocupó su lugar.

Junto a él, todo oscuro y muy derecho, el jefe del gobierno y dos o tres más, asimismo de chaqué, a quienes yo no conocía. Gina me dijo que eran ministros. Poco después de su padre, llegó también el general, de uniforme sencillo y sin brillos. Nadie le aplaudió. Subió solo a la tribuna y se situó a la derecha del dictador, con lo cual la fila de los presidentes quedó completa, y un toque de clarín anunció el comienzo de la ceremonia, que consistió en un desfile de la Infantería, muy aplaudida por el gentío; después la Marina, más aplaudida aún, y, por fin, y ésta era la sorpresa, unos tanques gigantescos que no habíamos visto ni sospechado, a cuyo paso el general habló con su padre en voz baja, como si le explicase sus características y su valor combativo. El puente nuevo se había construido para poder soportar su peso, que el antiguo, más elegante, no podía probablemente aguantar. La gente gritaba de entusiasmo, y los batallones de la Milicia Cívica gritaban consignas, dirigidos por sus jefes. Se había levantado un poco de viento, y las banderas y las flámulas se movían en el aire como si también el entusiasmo las hubiera contagiado. Los reporteros gráficos iban de aquí para allá, y tiraban sus placas. Los niños de las escuelas, alargados en la primera fila y también uniformados, ondeaban sus banderitas por encima de la cabeza, hasta que otro toque de clarín impuso un silencio sólo interrumpido por los aleteos de las banderas y el chillido de alguna gaviota. La gente de la presidencia se echó un poco atrás, y Su Excelencia quedó en primer término, solo, bien visible. Le dije a Gina:

—Si alguien quisiera matarlo, éste era el momento. Fíjese en su nuca.

—¿Se da usted cuenta de que el asesino sería inmediatamente masacrado?

—Todo magnicida cuenta con la muerte inmediata.

Alguien nos chistó cerca, a pesar de que apenas si habíamos susurrado nuestras palabras. Y en una megafonía oculta se oyó a alguien que, con voz campanuda, anunciaba que Su Excelencia iba a hablar. Como si obedecieran, cesó el viento, y las banderas cayeron en silencio.

—Ciudadanos…

Tenía una voz grave, hueca y sonora, una voz que me sorprendió

porque no era la misma con que me había hablado. Miré a Gina, pero ella no me miraba.

—Ciudadanos, el Nuevo Estado, consciente de su deber, tiene entre sus primeras preocupaciones la de asegurarnos a todos la paz y la tranquilidad. No somos belicistas, pero nos conviene estar armados contra cualquier posible enemigo, y yo os declaro que no nos faltan porque son muchos los países que nos envidian por nuestra prosperidad y nuestro orden interior, los más visibles y más estimados frutos de la Revolución, cuyo primer cuarto de siglo estamos a punto de celebrar, y que celebraremos con las fiestas que vosotros os merecéis por vuestra obediencia y vuestra disciplina. Las consignas de la Revolución siguen oyéndose en nuestras calles, y todos las acabáis de oír: mientras suenen, algo de lo que os hemos prometido está aún por cumplir, porque yo mismo os prometí que, cuando todos nuestros propósitos se hubieran realizado, el sosiego volvería a nuestras plazas y a nuestras conciencias. Pero, os lo confieso sin velos que lo disimulen, todavía nos quedan enemigos en el interior, gentes resentidas que no pueden soportar el éxito de nuestras reformas, y que por hundir al sistema no dudarían en hundir la patria entera. Contra ellos os prevenimos, ciudadanos honrados, ciudadanos a cuya fe y a cuyo trabajo recurro como garantía de fidelidad. Son los insidiosos del «pero», los que nos dicen sonrientes, pero en voz baja: «Todo está bien, pero…» Y el «pero» que nuestra obra ingente les sugiere es la mota de polvo en la carretera. Ellos son, y desde aquí los acuso, los que quieren destruir nuestro orden para sustituirlo por la antigua anarquía. Ellos son los que intentan eliminarme, para poner en mi lugar a alguno de los que ahora, desde su escondite en el extranjero, desde la impunidad de sus traiciones, intentan azuzar contra nosotros al pueblo que nos sostiene y nos ayuda. ¡Ellos son, ciudadanos y camaradas, los mismos que no hace más que tres días intentaron envenenarme! ¡Ellos son los responsables de la muerte de un inocente sacrificado por su lealtad hacia mí! ¡Os lo digo, ciudadanos y camaradas, y lo que os digo en esta ocasión solemne valga como denuncia! ¿Y qué os ofrecen a cambio de lo que hemos conseguido? ¡El paro, el hambre, el desorden! ¡Pero ignoran, o fingen ignorar, que el pueblo forma detrás de mí como un solo hombre; que

millares de secuaces me siguen como un solo secuaz!

Aquí, Su Excelencia fue interrumpido por gritos y repeticiones de consignas, por las que se dejó arrastrar, y que coreó primero, y dirigió después, en una orgía de voces, de vivas, de alaridos, a los que siguió el himno cantado por miles de gargantas, y que el propio jefe del gobierno acompañaba, o al menos eso parecía, según Gina me hizo ver. «¡Fíjese usted cómo canta el capitoste!» Y en aquel momento las bandas de música acompañaron el himno.

—Ahora sigue un banquete popular, al que podemos asistir, porque nos dan derecho las invitaciones. ¿Se siente usted con fuerzas?

Le confesé que no.

—Vámonos, entonces.

Me cogió del brazo y me sacó del gentío, que poco a poco nos había rodeado, que nos separaba y aislaba. Tardamos un buen rato en llegar adonde el coche había quedado, y salir de allí nos costó una larga espera. Hasta que los coches se fueron aclarando y pudimos salir. Me dio tiempo para comprobar que las palabras de Su Excelencia habían hecho su efecto y que todas aquellas gentes parecían dispuestas a morir por el jefe o por la patria amenazada, esto no se sabía bien, porque el entusiasmo y la ira revelados por las miradas y el tono de las palabras hacía vacilar. Yo creo que tardamos una buena hora en vernos libres corriendo por una avenida vacía de coches y de gente, hasta la que llegaban los sonidos lejanos de gritos y canciones. De repente, Gina me dijo:

—¿Quiere usted que comamos en mi casa? Puedo ofrecerle un pedazo de pizza. Le advierto que me sale muy bien.

—Hasta ahora, usted ha dirigido.

Iba conduciendo atenta al camino, sin mirarme.

—En su mundo, cuando una chica invita a un hombre a su casa, la invitación lleva implícita otra. Espero que no lo haya entendido usted así.

—Tiene usted mi palabra.

Seguimos en silencio. Lejos de nosotros, en algún lugar que yo ignoraba, seguía la algarabía política. Insistí en que si alguien intentaba deshacerse de Su Excelencia, si no lo había hecho durante el discurso, tendría ocasión, seguramente, en el banquete.

—No lo creo. Todos los que ahora le rodean y lo aclaman son fieles secuaces. No dudo que haya policía entre el público, pero estoy segura de que no lleva guardaespaldas. Verle solo entre la gente es uno de sus trucos para mantener el entusiasmo.

Gina vivía en un edificio grandote y pesado, sin estilo ni carácter, uno de esos productos arquitectónicos en que se asemejan todas las dictaduras. Era, interiormente, cómodo y no desagradable. El funcionario del vestíbulo saludó cordialmente a Gina. Nos metimos en un ascensor muy capaz, y subimos algunos pisos, no sé cuántos. Salimos a uno de esos pasillos anchos y de muchas puertas que se ven en el cine, y ante una de ellas, Gina se detuvo y abrió con un llavín diminuto que sacó del bolso. No me fijé en si también llevaba en él la pistola. Entramos en un departamento no muy pequeño, a cuyo salón se abrían a lo menos tres puertas. Por una se iba a la cocina. Por la otra seguramente al dormitorio, la tercera quizá fuese una puerta de servicio. Seguíamos, pues, en el cine. Me dijo que esperase, me señaló un sofá y la televisión.

—Enciéndala si quiere asistir al banquete.

Entonces pude observar el salón. Pertenecía a la serie estándar de medio lujo, pero algunos detalles permitían averiguar el propósito de corregir la impersonalidad. Un búcaro de rosas rojas frescas; una buena colección de música romántica; un estante de libros que me quedaba lejos para averiguar sus títulos, y por las paredes, grabados antiguos bien enmarcados. No sé si las alfombras pertenecían o no a este elenco, pero, al menos, eran bonitas.

Encendí el televisor mientras ella preparaba la pizza. En un lugar muy vasto, muchas mesas de al menos veinte comensales congregaban al pueblo uniformado ante otra mesa mayor, situada en un lugar más elevado, en donde se sentaban, junto a Su Excelencia, las que pudiéramos llamar autoridades y representaciones políticas. El general figuraba entre ellos, ni destacado ni aislado, aunque lo pareciese: comía taciturno e indiferente a las músicas, a las conversaciones y a los gritos que de vez en cuando interrumpían el sosiego del almuerzo: uno que proclamaba una consigna, u otro que ofrecía un brindis por la salud de Su Excelencia desde una mesa lejana. La gente respondía a los gritos y a los brindis.

Gina había preparado una mesa pequeña, en un rincón de aquella estancia. Cuando lo tuvo todo listo, me rescató de la contemplación indirecta del banquete.

—Supongo que con lo visto le bastará. Al final habrá discursos en que se repetirá lo que usted sabe: las mentiras necesarias para mantener el entusiasmo y la pasión. No vale la pena seguir ahí.

—A usted, ¿no la echarán en falta?

—No soy lo bastante conocida, ni figura entre mis obligaciones la de asistir a los banquetes. No soy un miembro de la Milicia, soy sólo una funcionaría del Estado.

—Estoy perplejo acerca de usted, Gina. ¿Es usted partidaria o enemiga de Su Excelencia?

Me miró con cierta sorna.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque unas veces me parece usted una de tantos secuaces, y otras, todo lo contrario.

—Pues aténgase a eso: unas veces estoy de acuerdo y otras no.

—Un sistema como el que rige en este país no admite esa clase de adhesiones, que yo considero ambiguas. Aquí se está conmigo o contra mí.

No me contestó. Se limitó a reírse y señalarme el trozo, muy generoso, de pizza que aguardaba en mi plato.

—Déjese ahora de elucubraciones. No sé por qué me parece que la pizza está en su punto.

Se sentó y empezó a comer. Había servido vino clarete, y agua en un vaso grande. Empezó a comer, silenciosa. De vez en cuando, alzaba la cabeza, me miraba y sonreía. Una de las veces dijo:

—Efectivamente, el discurso de Su Excelencia no me ha parecido un gran discurso. Se los oí mejores. La verdad es que nosotros no necesitamos armamentos, porque no tenemos enemigos, y que los exiliados de la anterior situación, que son pocos, no pueden nada contra el sistema. Lo saben, y se limitan a mendigar su miseria ante algunas cancillerías. Aquí no hay agentes secretos, ni nada de eso.

—Pero algo existe, aunque sea difuso, aunque no esté organizado.

—A esa conclusión, o a otra completamente opuesta, podrá llegar usted esta noche, después de su entrevista con el jefe. Todo lo

demás lo encuentro prematuro.

Fueron sus últimas palabras relacionadas con la política. Me pidió que le hablase de literatura, que a ella le interesaba, pero de la que se carecía en las Islas. La importación de libros estaba prohibida, sólo se leía lo editado en el país, dirigido desde lejos por el profesor Martín, o bajo sus auspicios. Me señaló el anaquel, con unos centenares de libros, que había en el salón.

—Si viniera la policía a mi casa, me hallaría en bastantes dificultades para explicar la presencia, ahí, de ciertos libros. Mi única justificación es que he viajado por el extranjero, y que pertenezco a un rango bastante elevado de la administración. Pero aun así…

CAPÍTULO X

VINO A BUSCARME el mismo coche oficial que la primera vez, pero no me llevó al palacio del Gobierno, allá arriba, aquel edificio achaparrado y grandioso, sino a una especie de villa entre jardines y bosques, situada más o menos en la misma colina. Acaso fuera la trasera del palacio, una especie de dependencia privada a la que se llegaba por otro camino. El coche se detuvo, me mandaron bajar, y sufrí el cacheo de unos guardias, que ellos llamaron control, y cuyo único resultado positivo fue la entrega de mi pistola. También el coche quedó allí, pues de las garitas de control partía una vereda muy bien alumbrada y algo pina, que tuve que recorrer. No se veía el final, porque era tortuosa, pero a partir de su mitad pude descubrir, entre las frondas, salientes y ventanales de un edificio, en parte iluminado. Así llegué a la puerta, que estaba abierta, y como me detuviera, indeciso, una voz llegada por megafonía me dijo que adelante. La obedecí. En el gran vestíbulo en que me encontré no fue cosa de titubear: al final de un pasillo ancho, a la izquierda, me esperaba Su Excelencia, muy visible porque la luz del alumbrado le daba de plano y el pasillo que conducía hasta él estaba en penumbra, o casi. Lo recorrí afectando inseguridad, y me detuve un par de veces. La voz del dictador, esta vez sin megafonía interpuesta, me animó a continuar, e incluso me dijo, cuando me detuve la tercera vez, que no tuviera miedo.

El lugar donde se hallaba Su Excelencia era una sala vasta, de techos altos en la que destacaba una mesa-vitrina repleta de puñales: de distintas épocas, de distintas formas, ordenadas como una colección. Por algún lugar de la mesa había un libro abierto y dos o tres catálogos. Su Excelencia me condujo hasta allí. Vestía una chaqueta de pijama a rayas pero los pantalones eran los del uniforme.

—¿Qué le parece mi colección? Yo creo que es la mejor del mundo. Y tengo algunas piezas notables. Fíjese: con aquel de allí mataron a Enrique IV de Francia. Hay algunas dudas, aunque yo no las tenga, de que aquél perteneció al Gran Tamerlán. Y ese otro, que tiene usted ahí cerca, y que es seguramente el más moderno de todos, perteneció a Mussolini. ¿Entiende usted de la materia?

Le respondí que no mucho, y que, desde luego, jamás había visto tantos puñales juntos. Me señaló uno que estaba fuera de la vitrina.

—Cuando me avisaron de que usted llegaba, estaba entretenido con ese que ve usted ahí. No acierto a catalogarlo, por eso le pregunté si entendía.

El puñal desclasificado, fuera de su vaina, mostraba una hoja larga y fina, y una empuñadura al parecer de oro y marfil, con trabajos orientales, quizá persas. La vaina también parecía de oro y estaba muy trabajada. El dictador tomó el puñal en su mano y me lo mostró a bastante distancia.

—Ha llegado a mí por caminos legales, provisto de un informe en que se garantiza vagamente su orientalismo. Pero estoy perplejo. Vea usted la empuñadura. Por un lado, este ornamento parece propio de la isla de Java, pero estos otros aparecen con frecuencia en las piezas de artesanía del Tibet. ¿Y esta ranura que recorre la hoja de arriba abajo…? Es lo que más me confunde, porque no es exclusiva de ninguna época ni de ninguna comarca.

Dejó el puñal casi al borde de la mesa, junto a su vaina.

—No sé, no sé.

Me empujó hacia un rincón de la sala, donde tres enormes y, al parecer, cómodos sofás hacían juego con dos sillones y componían un cuadro cuyo centro lo ocupaba una mesa enorme y baja, en la que había un servicio de café. Me pidió que le acercase una taza y una copa: sirvió en la taza café y en la copa un licor.

—Me veo obligado a hacer esto para que usted no desconfíe. La experiencia del otro día no puede repetirse.

Bebió el café y sorbió el licor. Sólo entonces me sirvió a mí y me ofreció la taza. La probé sin titubear: el café estaba bueno, aunque demasiado caliente para lo que era mi costumbre.

—No olvide usted —me dijo— que las letras de la palabra café son las iniciales de caliente, amargo, fuerte y escaso. ¿Usted

entiende el español?

—Sí.

—Bueno. Pruebe también el licor. Está hecho según una vieja receta monacal, y es de verdad estimulante. Lo prefiero a cualquier whisky o a cualquier coñac, por garantizados que estén.

Probé el licor según él me aconsejaba. Lo apuré después y él, sin consultarme, me rellenó la copa, y después hizo lo mismo con la suya.

—No dispongo de mucho tiempo —miró el reloj—, poco más de una hora. Esta noche me toca cumplir uno de mis deberes, hacer un hijo a una muchacha escogida. Es una obligación que antes cumplía de buen grado, pero que empieza a aburrirme. Yo creo que tengo demasiados hijos, creo que tengo hijos suficientes para formar esa clase social privilegiada a que aspiran y que a mí no me parece indispensable. Pero, créame usted, mi opinión no cuenta. El que debiera ser el hombre más libre del país, quizá el único libre, está lleno de obligaciones. Lo que a mí realmente me atrae son mis colecciones. Ha visto usted la de puñales. Si nos queda tiempo, le mostraré otras. Si no, otro día…

Dejé la copa en la mesa.

—Me temo, Excelencia, que otro día no pueda ser. Es muy posible que, después de lo que hablemos, le presente mi dimisión.

Pareció asustarse o, al menos, sorprenderse.

—¿Su dimisión? ¿Por qué?

—Porque he llegado a la conclusión de que mi trabajo es inútil. A estas horas, no sospecho de nadie, no tengo una pista, no hay nada que pueda contarle. Incluso he llegado a dudar de que exista una conspiración.

Su Excelencia me miró con desconfianza.

—¿Y le parece poco?

—Me parece insuficiente. Además, en el fondo, creo que existe, aunque carezca de razones para creerlo, más que las palabras al respecto que escuché de sus labios.

—Yo tampoco estoy muy convencido, y ahora, después de escucharle a usted, mucho menos. Dispuse que usted se entrevistara con aquellas personas que podían desear mi desaparición.

—Cualquiera de las que elija está donde está porque usted la

sostiene, aunque todas ellas crean que son el sostén de usted.

—¿Eso creen?

—Y no les faltan razones. Pero tener razones no basta, ni siquiera tener razón. Hay algo más profundo.

—Ellos gobiernan, yo mando. ¿Le parece suficiente?

—No veo muy clara la diferencia. Ellos, además, mandan, cada uno en lo suyo.

—Eso es, cada uno en los suyo. Pero yo mando en todos.

—¿Está seguro?

Esta vez me miró con incomprensión irritada.

—¿Lo duda usted?

—No conozco la organización del Estado lo suficiente, o quizá sea mejor decir que conozco la organización, pero no la realidad. Yo he hablado con unas personas que me describieron varios aspectos de un Estado ideal, pero nadie me dio acceso a la realidad. Ignoro la opinión de los ciudadanos, lo que se dice o susurra en los mercados, cómo respiran los trabajadores, la situación de los intelectuales y el punto de vista de los hombres de negocios. Me han dicho que la conspiración se respira, pero no en los lugares que conozco, no en las personas con las que he hablado. Todos ellos parecen no sólo contentos, sino dispuestos a defender su estado. Hablemos, por ejemplo, de su hijo, el general…

—A mi hijo el general le gustaría sucederme. Si se está quieto y no me ha expulsado ya, es por miedo que tiene de su madre.

—Su hijo, el general, no puede aspirar a la jefatura del Estado porque perdería el poder real que posee y con el que está de sobras satisfecho. Sabe que dispone de la única fuerza del país, sabe que es su verdadero dueño. Si él movilizara las tropas, si él colocara sus carros a la entrada de los puentes, ¿quién podría oponérsele? En cambio, siendo jefe del Estado, pronto se vería en la necesidad de interponer un general entre él y las fuerzas en las que ahora manda indiscutiblemente…

—En esas fuerzas mando yo.

—Sí. Siempre que sus órdenes coincidan con lo que su hijo piensa.

—Precisamente por eso siempre creí que los tiros vendrían por ese lado. Y para contrarrestarlos, afirmé todavía más la situación de

su madre. A su situación moral, me refiero, porque ella carece de fuerzas militares.

—Las mujeres disponen de un armamento propio.

—Sí. Su capacidad de intriga. Sin embargo, no es exacto decir que ella carece de fuerza. Las Milicias Cívicas, si yo desapareciera, la obedecerían a ella.

—Las Milicias Cívicas, Excelencia, y usted no lo ignora, no pasan de comparsa ruidosa para una parada brillante. Hoy he podido contemplarlas.

—¿Asistió usted a la ceremonia del puente?

—Estaba entre el público.

—¿Y cómo no me lo dijo? Le hubiera reservado un lugar en la tribuna. ¿Qué le pareció mi discurso?

—Tuve la sensación de haberlo oído otras veces, o al menos de haberlo leído.

—Los discursos políticos siempre se parecen, y los míos se han publicado en la prensa internacional. Previo pago, por supuesto. Mucho dinero.

No habíamos cambiado de postura, durante el diálogo. Él, de vez en cuando, paladeaba el licor, y se había servido otra copa después de ofrecerme a mí. La rechacé porque el licor era fuerte, y deseaba mantener la cabeza fría y tranquila.

—Nos hemos apartado de nuestro tema —dijo, después de una pausa.

—Yo he seguido el rumbo que Su Excelencia dio a la conversación.

—Es lo correcto, pero no siempre lo conveniente. ¿Quiere creerme si le digo que a mí me pasa lo que a usted? Carezco de datos que me permitan convencerme que exista una conspiración en marcha… Es decir… Tenemos un dato al que usted no prestó atención. El otro día, un criado murió por probar el café que nos venía destinado, a usted y a mí.

—Quien preparó el café, sabía que el criado habría de probarlo, y que, por tanto, moriría. Es un accidente que admite diversas interpretaciones. Lo único indiscutible es la muerte del camarero.

—Y de los dos cocineros que lo prepararon. Tres inocentes a mi juicio.

—¿Tres?

—Los camareros, a su vez, recibieron el café, pero no pudieron decir de quién. Si lo sabían, que no lo creo, se fueron con el secreto al horno crematorio.

—El profesor Martín —le respondí sordamente— dispone de las bases teóricas que justifican la muerte de cualquier ciudadano. Podría llegar a descubrirlas.

—Sí. Es muy útil el profesor Martín. Lo justifica todo. También justificaría mi muerte.

No sé si le miré sorprendido, asombrado o incrédulo. Él sostuvo la mirada y continuó:

—No hay que reprochárselo. Tampoco hay que asombrarse. Es su oficio y le pagan por eso y para eso. El profesor Martín no fue un camarada de las primeras horas, ni un revolucionario convencido, sino un pensador que vivió siempre gracias al uso de su pensamiento. A su venta, sería más exacto. Echamos mano de él porque nos hacía falta. A la gente le gusta pensar que hay que darles el pensamiento hecho. Le dimos cuanto pidió y le dejamos libre para el resto. Es un buen comerciante: vende lo que tiene al precio convenido. Si usted lee los diarios de la mañana, hallará en ellos un artículo muy profundo justificando la construcción del nuevo puente, que se hizo por exigencia de mi hijo y por sus razones, no por las mías. No quiero repetirle ahora el razonamiento del doctor Martín, porque hay virginidades que valen la pena, pero le recomiendo que mañana lo lea. Imagínese ahora que mi mujer y mi hijo, que se odian, pero que se alían contra mí, me quitan del medio y colocan en mi lugar al jefe del gobierno, que es un imbécil útil y que está deseando cambiar ese chaqué por mi uniforme. El profesor Martín encontraría una razón sublime que se incorporaría a las enseñanzas escolares, que sería ya una pieza importante en la historia del país.

»Ahora bien, como usted puede comprender, nada de eso me importa. Yo puedo sincerarme con usted. Lo que quiero es que me dejen en paz, que me dejen vivir tranquilamente. El papel que me ha asignado lo represento como los buenos, usted podrá haberlo advertido. Lo represento hasta el sacrificio, porque esta misma noche, como le dije, tendré que desflorar a una doncella, cosa que

me aburre y me avergüenza. Esta mañana me ha escuchado un discurso que no era más que una colección de sandeces, redactadas por no sé quién, pero aprendidas de memoria y declamadas como propio. Fuera de esos espectáculos, yo no me meto en nada. Mi hijo juega libremente con sus soldados, con sus barcos y con sus invenciones. Es lo único que le interesa, porque el amor no le atrae en ninguna de sus manifestaciones. Mi mujer no tolera que se metan en su Isla, donde manda y gobierna. Lo único que hacen el uno y la otra es entregar para el Estado cierto tanto por ciento del dinero que ganan, pero yo no fijé el impuesto ni me beneficio de él. En cuanto al jefe del gobierno, ¿quién se atreve a intervenir en su burocracia, en su fisco, en su policía? El otro día le dije a usted que yo era el que mandaba: formaba parte de mi papel, porque yo no mando en ninguna parte, ni en mis subordinados inmediatos ni en mis criados. Me los quitan y me los ponen sin consultarme, y hay mañanas que me despierta una cara nueva, en que me sirve el desayuno un desconocido. En una palabra, yo soy el pretexto visible de los que en realidad ejercen el poder, aunque en el fondo de la conciencia de cada uno piensen que lo detentan. Porque, fíjese bien, ninguno de ellos hizo la Revolución, sino yo, y yo debería ser lo que aparento, no lo que de verdad soy.

Había terminado la copa. Se sirvió otra, después de haberme consultado con la mirada. Se había desabrochado el botón superior del pijama, y parecía sudar o, al menos, estar acalorado. Yo saqué un cigarrillo y lo encendí.

—Al jefe del gobierno le gustan mis uniformes, pero también le gusta gobernar. Cuando descubra que mi cargo y el suyo son incompatibles, irá dejando el gobierno en manos de su sucesor, que él mismo habrá elegido, como yo le elegí a él. Y llegará un momento en que se convierta en lo que yo soy, una pura ficción que a veces decreta penas de muerte contra las víctimas que él mismo ha elegido, y que cada semana tiene que engendrar un hijo en una muchacha que no le interesa. Como es más joven que yo, piensa que es una actividad divertida, y lo será hasta que sobrevenga el hastío, que es inevitable. Entonces las esperará con el mismo mal humor con que yo espero hoy a la de turno, y si dura mucho, empezará a temer que mi mujer y mi hijo proyectan deshacerse de él y

sustituirlo por otro más vistoso. El profesor Martín, si todavía vive, lo justificará con doctrinas sublimes, y el jefe del gobierno pasará así a la historia nacional, lo mismo que yo. Como usted ve, todo es inútil, es una repetición innecesaria, porque yo estoy aquí y no estorbo a nadie, y sólo aspiro a que me dejen en paz con mis colecciones de sellos, con mi colección de puñales, con mis partidas de ajedrez, generalmente solitarias; con todas esas cosas inocentes que me entretienen y verdaderamente me gustan. Ésta es la verdadera situación. Los que me van a matar son ellos. ¿Tiene usted algún remedio?

Le respondí francamente que no.

—Piense, además, Excelencia, que si las cosas son como usted las pinta, no domina la situación. ¿Cuenta usted con alguien que se ponga de su parte si, en una comunicación pública, denuncia usted lo que pasa?

—Ni siquiera dispongo de medios para que me oiga el pueblo. La propaganda no está en mis manos.

—Entonces, ¿para qué me llamó?

Tardó un momento en responder. Cerró los ojos como si recordara, y una vez que los hubo abierto, bebió de un trago lo que quedaba en la copa.

—Yo no le mandé venir. Fue cosa de mi mujer. Pero me alegro de que lo haya hecho. Así, por lo menos, si de verdad me matan, alguien sabrá quién fue.

—¿Y eso le consuela?

—Lo que usted sabe lo sabrá alguna vez el mundo.

—Todo lo que acaba de decirme forma parte de lo que sé, no de lo que pueda contar.

—Pero usted sabrá, como todo el mundo, ocultar esa parte de la verdad menos favorecedora.

No tenía nada que contestarle. Sus palabras quedaron en el aire. Se levantó: sus rasgos de gran hombre, su cabeza leonina, su enorme tórax quedaban un poco ridículos.

—De todas maneras, no quiero morir. Estará de acuerdo conmigo en que es un poco prematuro. En realidad, sólo tengo sesenta años, y mi salud es buena. Es posible que mi destino, como el de otros semejantes a mí, sea el de caer bajo el cuchillo asesino,

que la historia suele llamar el cuchillo de la justicia. Pamemas. Me quedan veinte años naturales de vida, muchas partidas de ajedrez, muchas horas sobre la colección de sellos o la de puñales. Y muchas horas de representar la parte sublime del poder. No sé si sabe usted que, en el Convenio del doce de abril, hace ya bastantes años, que el profesor Martín redactó en todos sus términos, se me atribuía en exclusiva la parte sublime. Es un término suyo, no mío. Y no veo la utilidad por ninguna parte, pero será seguramente cosa de mi punto de vista. Desde fuera debe de ser otra cosa, ¿verdad?

Me miró otra vez. Le respondí:

—Esta mañana estuve un poco distraído.

Miró la hora.

—Todavía queda un rato para que llegue la bella de turno. ¿Quiere echar una partida conmigo? Le doy las blancas y una torre.

Pero en este momento se oyó un zumbador. Corrió a una esquina de la habitación. Le oí decir:

—Es un poco temprano, pero, bueno, suba.

Se volvió a mí.

—No hay partida, al menos con usted. La bella de turno se siente impaciente. ¿Le parece que mañana volvamos a vernos? Vaya usted por palacio, donde estuvo el otro día. Le garantizo que tomaremos café del que yo preparo.

Sonó otro zumbador, pero con otra voz y en otro sitio.

—Espere. No se vaya aún. Venga conmigo.

Me llevó adonde el ruido había sonado. Allí, escondida, lucía una pequeña pantalla semejante a las de televisión, en la que se veían rayas zigzagueantes y algo así como una silueta.

—Las cosas no van bien. Esto es un aviso de peligro.

Fuimos hacia el ventanal. Allá en el fondo de la vereda, ascendía una espigada silueta clara.

—Lo que no saben esos principiantes es que aquí estoy protegido contra toda asechanza. Si el que viene lleva algún arma, los zumbadores me avisan.

Me empujó hasta quedar frente a otra pantalla, de momento oscura. Pero pronto comenzaron a insinuarse en ella rayas como las anteriores, pero más fuertes, y el zumbador comenzó a emitir sonidos que a mí me parecieron huecos, pero que él debió de recibir

como siniestros. Volvió a llevarme al ventanal. La figura blanca había ascendido un trecho bastante largo. Creí reconocer el traje de lamé de plata que vestía.

—No creí que tuvieran tanta prisa, ni que se valieran para matarme de la doncella de turno. Sin embargo, es lo lógico. Está bien tramado, créame, pero yo tengo mis defensas preparadas.

Yo ya había reconocido a Gina. Subía lánguidamente, sin la menor prisa, ajena a toda conciencia de peligro. Su Excelencia se acercó a otro aparato, que yo no había visto aún.

—Quede en la ventana, y avíseme cuando ella llegue a la altura de aquel farol. La presunta asesina se habrá acabado para siempre. —Miró su reloj—. Justamente medio minuto. No necesito que me avise.

Quedó con la esfera del reloj bajo su mirada, y la mano apoyada en una palanquita. Murmuraba:

—Ya verás tú, zorrita, de qué te va a servir esa tranquilidad. Te conozco muy bien, a los tuyos y a ti. Y por esta vez seré yo quien gane.

Me ofrecía la enorme, la chata nuca tentadora, provocativa. Tuve el tiempo justo para acercarme a la mesa, apoderarme del puñal hindú y arrojárselo. Se le clavó en el cogote, y cayó sin un gemido. Yo corrí a la puerta, donde ya llegaba Gina.

Al verme, se detuvo.

—¿Qué hace usted aquí?

—Evitar su muerte. Sin mí, hubiera caído en una trampa.

—¿En qué trampa y por qué?

—¿No trae usted un puñal? ¿No venía usted a matarlo?

Ascendió silenciosa los escalones de la entrada. Al llegar frente a mí, se detuvo.

—No lo entiendo. No traigo ningún puñal ni vengo a matar a nadie.

—Lo hice yo por usted. Ahora, ya no tiene nada que temer.

Me empujó suavemente y entró. Allá al final del pasillo, la luz tenue dejaba ver el cuerpo caído de Su Excelencia.

—Iba a matarla —le dije—. Los chivatos detectaron el puñal que lleva usted escondido.

Ella abrió el bolso, revolvió en él y sacó una lima larga, de las

que usan las mujeres para las uñas.

—Esto es lo más parecido a un puñal que llevo encima.

—Eso es lo que detectaron los chivatos.

Apuntó con la lima mi corazón y empujó. La lima se dobló contra el bolsillo exterior de mi chaqueta.

—Ya ve usted qué arma. Ni con voluntad asesina…

—Los chivatos sólo descubren el material y la forma.

—Pues a ver cómo le saco a usted de este lío… y cómo salgo yo.

Abrió otra vez el bolso y volvió a revolver en él.

—Éstas son las llaves de mi coche. Está estacionado frente a la entrada al amparo de unos árboles. Dese prisa. Dentro de cinco minutos justos haré sonar la alarma y si usted está aún dentro del recinto no lo dejarán marchar. Lo más probable es que usted sea fusilado al alba.

—Nada de eso lo tuve en cuenta cuando lo maté. Sólo que iba a matarla a usted.

—Gracias. Vaya al hotel, deje el coche delante de la escalinata en lugar bien visible y métase en su habitación. Apague la luz, pero no se acueste. Meta en el bolsillo lo más necesario, y espere en el balcón. Un silbido le avisará de cuándo tiene que descender por un árbol que usted ya conoce. Para lo demás, le deseo suerte.

Seguía con las llaves de su coche en la mano que me tendía. Las recogí, pero ella no retiró la mano. Entonces, se la estreché.

—Gracias. —Y después de una pausa—: ¿Me considera usted un asesino?

Retiró la mano.

—Usted hizo lo que haría cualquier hombre de bien, aunque con más destreza.

Me empujó hacia la escalinata.

—Váyase. El tiempo corre contra usted.

Me apresuré, cuesta abajo, aunque afectando que era la pendiente la que me empujaba. No hubo dificultades en el cuerpo de guardia. Cuando ya había puesto el coche en marcha y arrancaba, me pareció oír gritos lejanos, los gritos de una sirena, unos gritos lúgubres. Pude oír, más que ver, cómo cerraban la verja de la entrada. ¿Sonaron contra mí unos disparos? Recorrí la vereda entre árboles oscuros, y muy pronto me hallé frente a la Gran

Avenida. Pude acelerar. Llegué al hotel, seguí las instrucciones de Gina. Al rato de hallarme en el balcón, a oscuras, empecé a calmarme. Intentaba, sin embargo, reflexionar sobre lo sucedido, hacerme —al menos— una idea. Los recuerdos reavivaban mi inquietud. Me pareció infinito el tiempo que tardó en oírse el silbido, y entonces ya apuntaban las luces del alba. En medio del silencio, me había parecido escuchar ruidos, gritos remotos, coches que pasaban veloces por la avenida, pero todo pudo haber sido una ilusión de mi miedo, que me hacía temblar al menor rumor. Esperaba la llegada de soldados al hotel, con orden de detenerme, sin escapatoria posible. Nunca fui más pusilánime que aquellas horas —¿horas?, ¿siglos?— que permanecí en el balcón, unas veces de pie, otras sentado en la piedra fría. En algún momento se me ocurrió que si Gina pudiera verme y juzgarme, me despreciaría. Pero tampoco podía imaginar lo que habría hecho Gina, cómo habría desviado de ella las sospechas de haber asesinado a Su Excelencia, o si estaría presa y acusada. De ser así, nadie vendría a ayudarme. Pero me equivoqué, porque cuando rayaba el alba se oyó un silbido largo y yo monté la balaustrada del balcón y me deslicé por el árbol. Al pie me esperaba la motociclista, que adiviné como una sombra más.

—Siéntese detrás y agárrese bien. Vamos a ir muy de prisa.

La obedecí sin una sola palabra. Tenía la cintura delgada, y, en ella, un ancho cinturón de cuero. Arrancó sin ruido, al tiempo que un coche de soldados o de policías se detenía ante el hotel. Descendieron, lo rodearon en silencio; otros, armados, entraron. Nosotros permanecimos en el jardín unos instantes, emboscados en las sombras. Luego, bajamos a la calzada sin ruido, y sólo cuando hubimos rebasado una manzana, la chica encendió el motor y salimos disparados por la avenida, supuse que hacia el puente movedizo. La distancia era larga, nunca me lo había parecido tanto a pesar de la velocidad a que íbamos. Ella, sin detenerse, sin volver la cabeza, me dijo: «Nos siguen.» Pude percibir, a lo lejos, una pareja de motos cuyo ruido superaba al nuestro. Me aferré a la cintura. Empezaba a adivinarse el final de la avenida, pasado el cual el peligro habría desaparecido. Las motos se aproximaban, aunque no tanto que pudieran disparar con mediana esperanza de acierto.

Había clareado: estábamos sobre el puente, y la inmensa maquinaria se movía. La muchacha me dijo: «Tendremos que saltar. Agárrese fuerte.» Lo hice más de lo que estaba. Llegamos al borde del puente: faltaban unos metros para alcanzar la orilla. Si nos deteníamos nos alcanzarían. Ella apretó la marcha. Yo me agarré todo lo fuerte que pude. Al ver bajo de mí las aguas, perdí el sentido. Cuando lo recobré me hallaba en mi habitación acostado en mi cama, sin zapatos y sin chaqueta, tapado con una manta. Mi primera impresión fue de que regresaba de un sueño.

EPÍLOGO

La sensación de ensueño desapareció a poco, porque las imágenes soñadas no duran tanto ni permanecen tan precisas en la memoria, y, sobre todo, no son tan coherentes. Me levanté convencido de que todo había sido cierto, de que había matado a un hombre para evitar que matasen a una mujer, de que este hombre era el dictador de las Islas. Repentinamente sobrenadó en mi conciencia una palabra, *enigma*, a cuyo análisis me apliqué. La historia y sus personajes aparecían como enigmáticos, pero lo enigmático no es más que la apariencia de una realidad cuando se desconoce el sistema de causas que la produjo, o bien algunos detalles, y yo había transcurrido por las Islas Extraordinarias moviéndome entre una serie de efectos, que si las causas conociera, todo estaría más claro. La enigmática motociclista, ¿era por ventura Gina? Si lo supiera, dejaría de ser enigmática. Recordé, también como enigmática, la vendedora de pipas, primera persona a la que había hablado en las Islas, y el hotel, y los dos recepcionistas, y las líneas irregulares que no había vuelto a convertirse en coma. ¿Eran también enigmáticos? Conseguí eliminar el vocablo de mi conciencia, y acepté las cosas como se me representaban en su orden, a sabiendas, eso sí, de que faltaban datos para su cabal entendimiento.

Los diarios de la tarde traían noticia escueta del asesinato del dictador; los de la mañana siguiente eran más explícitos: se atribuía su muerte a un agente de los emigrados; en la valija que el misterioso asesino había abandonado en el hotel donde estuviera instalado, se hallaron cartas comprometedoras, instrucciones precisas, pruebas escritas de haber recibido una buena cantidad. Del asesino se tenían pocas noticias, y, éstas, imprecisas. ¿Era un agente secreto a sueldo de quien lo pagase, o un voluntario fanático

movido por potencias extrañas y, por supuesto, secretas? ¿Estaba detrás del asesino un grupo oscuro de emigrados, como se había creído al principio, o una sociedad secreta de difusión universal? El dinero recibido por el asesino, ¿era el pago de un servicio o sólo el anticipo para los gastos? ¿Había, como se empezaba a creer por algunos indicios, una mujer por medio?

Se celebraron unos funerales solemnes, presididos por el jefe del gobierno, ya jefe del Estado, vestido de uniforme de gran gala y acompañado de la viuda del dictador, inconsolable en su traje de luto, y el general, su hijo, también de gran gala, aunque con menos brillos: serio, abrumado, no había movido un solo músculo durante el espectáculo, ni siquiera al felicitar al profesor Martín por su oración fúnebre, en la que las palabras conmovidas no pretendían disimular el rigor intelectual y la precisión histórica: aquella figura dibujada por la palabra caliente del decano de la Facultad de Ciencias Políticas ofrecía los perfiles ya inconmovibles con que la persona del dictador sería recordada y venerada por las generaciones venideras, que verían en él un personaje político de primer orden, digno de un puesto de honor entre los grandes de la Historia, como el autor de aquellas palabras había asegurado siempre. La ceremonia fúnebre mezcló, aunque completas, las parafernalias militar y civil. Banderas a media asta, las vergas del buque escuela de la Armada embicadas; las cajas, destempladas y con crespones; la guardia cívica acompañó el cadáver y le rindió honores con fusiles de luto, mientras los cañones disparaban las veintiuna salvas de ordenanza. El mausoleo se levantó en el centro del parque y lo habían labrado en granito rosa: un sepulcro de la más pura vanguardia arquitectónica: escueto de líneas, pegado a tierra, como le hubiera gustado al dictador: afirmación póstuma de poder, su atrevida bóveda plana cerraba el gran espacio en cuyo centro el dictador reposaba en un sepulcro sencillo, sin más ornato que su nombre. Pero en las paredes, con letras de bronce, se narraban sus hazañas y los fastos inolvidables de la Gran Revolución, a que su nombre iba unido. Alguien me dijo, y no había razones para creerlo, aunque tampoco para dudarlo, que aquella misma mañana del funeral se fusilaron dos docenas de sospechosos, pero de esto la prensa no decía nada. Dijo, eso sí, que poco a poco

se iba aclarando la participación de una mujer desconocida: que había sido ella probablemente la que le asestó el golpe mortal, mientras el dictador y su visitante iniciaban una partida de ajedrez, ya que el cuerpo muerto había aparecido debruzado sobre la mesa de juego, y también porque la empuñadura del arma carecía de huellas, como si la persona que la hubiese usado llevase guantes. Se probó que la noche de su muerte el dictador había recibido la visita de un hombre, pero también la de una mujer, cómplice si no protagonista, y que ambos habían huido en una motocicleta de gran cilindrada. Se sospechaba de dos agentes conocidos, servidores ora de un bando, ora del otro. En fin, el jefe del gobierno, también jefe del Estado, solicitó la extradición de cuatro o cinco sospechosos, pero con tan livianas razones, que las respuestas se demoraban, lo que daba lugar a protestas de prensa y a otras manifestaciones de disgusto. El país, sin embargo, marchaba bien, y nada había cambiado tras la muerte del dictador, lo cual redundaba en alabanza de su obra, firme e inconmovible, etcétera.

Un día me encontré con que alguien había traído mi equipaje, abandonado en el hotel la mañana de mi huida. En un sobre venía un papel en el que una mano anónima, con letra impersonal, había escrito: «Le conviene cambiar de ciudad.» Lo hice sin pensarlo más, pues el consejo mostraba por sí solo sus razones. Supuse que el envío y el consejo procedían de Gina, viva y libre. Me metí en otros trabajos, de modo que la historia de las Islas fue quedando en el olvido, como trasfondo que no se borra del todo: renacía, en todos sus detalles, en mis períodos de descanso. En uno de ellos decidí escribirla. Lo que puedo añadir es que no volví a tener noticias de Gina, y que en las Islas Extraordinarias, la fecha de la muerte del dictador es la más importante de las fiestas nacionales. No se sabe si es una fiesta alegre o triste.